

El Decreto Ejecutivo N° 816, promulgado el 7 de enero de 2008, marcó el inicio de la Emergencia Patrimonial que ha logrado establecer las bases para lo que es ya el primer capítulo del inventario de los recursos patrimoniales materiales e inmateriales del Ecuador. Más de 80 000 bienes muebles e inmuebles han sido registrados, entre los que se destacan sitios, colecciones, documentos, tradiciones y costumbres populares. Con esta base de datos bien estructurada, es tiempo ahora de emprender la ardua tarea de ir completando persistentemente el inventario. Para ello la herramienta más adecuada es la investigación científica, poco importa que se la llame histórica, antropológica, académica o contractual, lo único que conviene es que ésta sea fidedigna, rigurosa y sistemática. Estos tres adjetivos no son retóricos o redundantes, son en realidad las tres características de la investigación moderna.

En el campo de la arqueología (disciplina histórica y antropológica por excelencia) las bases de la investigación científica deben ser reevaluadas seriamente en el Ecuador del siglo XXI. Desde sus inicios, la práctica de esta disciplina en nuestro medio ha tenido un proceso evolutivo, ligado ciertamente al avance de las ciencias físicas y antropológicas, que le ha situado primordialmente dentro del campo del conocimiento de la historia antigua de los pueblos precolombinos. A nivel mundial, la arqueología flota desde inicios del siglo XX en el límite entre las ciencias duras y las ciencias sociales. Su metodología, cada vez más rigurosa, le vincula a la física, a la ecología, a la biología, a la geología, a la geografía estructural, a la estadística y evidentemente a la informática. No obstante, su objetivo fundamental es el conocimiento de la conformación de las sociedades pretéritas o recientes y de la comprensión del cambio sociocultural a través del tiempo largo.

Al estudio de los vestigios de cultura material se han unido la lectura del paisaje; la identificación de las huellas latentes y evidentes de la acción social; el estudio de la comprensión de la cadena operativa de las diversas tecnologías que han permitido al hombre adaptarse y organizarse en un territorio, donde genera su cultura material e inmaterial. En los últimos años la arqueología se ha dedicado al estudio físico y genético de los restos biológicos (incluyendo los humanos) encontrados en los contextos culturales y que informan sobre las condiciones de vida en el pasado. El propósito del estudio arqueológico moderno es la adquisición de datos que informen sobre la historia antigua de las distintas sociedades y como éstas se han transformado a través del tiempo. Pero ¿qué debe entenderse por historia antigua? Una definición amplia puede ser el proceso de transformación social que han seguido los pueblos, desde el momento en que pueblan en una región, hasta que aparecen fuentes escritas que relatan inequívocamente el seguimiento de este proceso hasta la actualidad. La reconstitución de la historia antigua deberá describir los procesos adaptativos que permitieron a los grupos humanos instalarse (exitosamente o no) en un medio ambiente determinado, subrayando la evolución de las técnicas extractivas y productivas que permitieron a las antiguas sociedades explotar y transformar el medio natural en paisajes culturalmente significativos.

El estudio de la historia antigua debe permitir la identificación de las pautas, causas y efectos de los cambios socioculturales por los que pasan las sociedades a través del tiempo. La comprensión de estos procesos, visibles en los vestigios de la cultura material pretérita, permite caracterizar las distintas etapas por las que se ha transformado la organización social sobre un determinado territorio en una escala de tiempo largo. El objetivo final del estudio de la historia antigua (arqueología antropológica) es identificar a las antiguas formaciones sociales, caracterizar sus sistemas organizativos y comprender como se ha producido el cambio que puede llevar, o no, a la complejidad político-social. Mediante la investigación arqueológica se deben aprehender las pautas de los procesos adaptativos exitosos (tecnológicos e ideológicos) y estudiar como éstos facilitan y promueven la estabilidad y el cambio en las distintas instituciones sociales. Algunos de los grandes temas de este tipo de estudio son: el uso y la transformación social del espacio, los patrones de asentamiento, los sistemas extractivos (biológicos y minerales), los sistemas productivos (agrícolas y artesanales), las cadenas operativas de la tecnología en todas sus formas, la interacción social, el intercambio de bienes, ideas y servicios, las representaciones ideográficas que revelan los valores ideológicos, la estructuración del manejo del poder sociopolítico; pero también estudios de la conexión del uso social del pasado en el presente, la etnoarqueología participativa, el fortalecimiento de la identidad regional mediante la búsqueda de las raíces autóctonas, la deconstrucción del discurso colonialista de la historia, la ruptura de la dependencia desde la práctica de la resistencia ideológica, etc.

Evidentemente el primer paso en el proceso de la investigación es la identificación y la adquisición del dato arqueológico, esto es la obtención de los vestigios (latentes y evidentes) de cultura material dejados por la actividad social pretérita. Para ello, la formación académica, teórica y práctica, es fundamental y por lo mismo no puede ser improvisada; siendo un proceso científico-tecnológico, la formación debe ser continuamente actualizada.

Con estos supuestos teóricos simples en mente, se hace necesario realizar un brevísimo recuento de cuál ha sido la realidad de la investigación arqueológica en el Ecuador a través del tiempo, con un detenimiento especial en los últimos cincuenta años¹.

Una revisión histórica

A pesar de que la actual ley de patrimonio cultural dispone en su artículo 4 que la investigación es una de las seis funciones primordiales del Instituto, hasta hace poco el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural no ha tenido un papel preponderante en el campo de la investigación

arqueológica del país. De hecho se podría decir que históricamente ninguna institución oficial se ha encargado de investigar la arqueología ecuatoriana. Estas tareas han sido tradicionalmente efectuadas por instituciones o individuos (nacionales y extranjeros) que han tenido el interés suficiente como para sufragar de su propio peculio las pesquisas históricas.

Desde su inicio, la arqueología ecuatoriana tuvo varios personajes notables, que con la bendición de la Academia Nacional de Historia o, más tarde, con la de la Casa de la Cultura hicieron aportes significativos al conocimiento de la arqueología. Ejemplos notables fueron, entre otros, Federico Gonzáles Suárez, Jesús Arriaga, Julio Matovelle, Jacinto Jijón y Caamaño, Otto von Buchwald, Isaac Barrera, Carlos Manuel Larrea, Carlos Emilio Grijalva, Juan F. Proaño y Peter Zeller. Desde comienzos del siglo XX al Ecuador llegaron varios científicos extranjeros (la mayor parte etnólogos) que viajaron por distintas partes del país efectuando exploraciones y excavaciones puntuales. Estos pioneros publicaron sendos trabajos en el extranjero y con ellos la arqueología ecuatoriana fue cobrando poco a poco, cierto renombre mundial. Los nombres de George Dorsey, Marshall Saville, William Farabee, Paul Rivet y Max Uhle están asociados a las tres primeras décadas del siglo XX, su bibliografía fue uno de los pilares de la ciencia arqueológica en el Ecuador. De todos estos Uhle fue quizás el más perseverante en el campo de la arqueología, pues recorrió la costa y la sierra, trabajando de manera sistemática, resolviendo problemas específicos y formulando hipótesis sobre el origen y la dispersión de los antiguos pueblos de estos territorios. En estas preocupaciones primaban los principios de un evolucionismo unilineal, donde la búsqueda de los orígenes y de la dispersión (difusión) de los rasgos culturales era fundamental. A Uhle se debe la creación de la primera cátedra (con laboratorio) de arqueología en la Universidad Central del Ecuador. Hasta ahora reposan allí las múltiples colecciones que él recogió a través de los años.

Durante las décadas de los años 1940 y 1950, el país conoció una actividad arqueológica más sostenida, Jijón y Caamaño fue la figura dominante en la sierra, prosiguiendo sus investigaciones en distintas partes de la sierra y sobretodo preparando su obra de síntesis general. Desgraciadamente esta sólo vio la luz en 1952, dos años después de su muerte. En la costa, un grupo de profesores, conocido como el "grupo de Guayaquil", efectuó varias exploraciones en las provincias de Manabí, Guayas, Los Ríos y El Oro. Entre los más celebres estuvieron Carlos Zevallos Menéndez, Francisco Huerta Rendón y Jorge Sweet. Dentro de este grupo se incluyeron luego Emilio Estrada y Olaf Holm, quienes no sólo se contentaron con investigar en el campo, sino que además realizaron una importante contribución a la ciencia con numerosas publicaciones que fueron abriendo el camino hacia la arqueología sistemática en el país. Durante esta misma época pasó por Ecuador una ola de científicos extranjeros que efectuaron trabajos puntuales en la costa, en la Sierra y por primera vez en el Oriente. Entre los más destacados estuvieron Geoffrey Bushnell, Edwin Ferdon, John Corbett, Raoul d'Hacourt, Henry Reichlen, Wendell Bennett, Betty Meggers y Clifford Evans. Los que más trascendencia tuvieron, tanto en la costa como en el oriente fueron Bushnell, Evans y Meggers. Estos investigadores se dedicaron a identificar y clasificar los restos arqueológicos en distintas partes

del país, sus informes, artículos y monografías fueron estableciendo y documentando la presencia de las antiguas culturas regionales. En la región de Macas incursionaron inicialmente Bushnell (1946) y un joven misionero salesiano de origen italiano, Lino Rampon (1959). Evans y Meggers realizaron su exploración del río Napo en 1956 y a partir de su trabajo se incrementó el interés y se difundió la información de la arqueología amazónica, que hasta la fecha había recibido muy poca atención.

A partir de la década de los 60 la investigación arqueológica se concentra en la costa, con la fama mundial que cobró la cultura Valdivia y los estudios sobre el Formativo americano. Al grupo de Guayaquil, se unen jóvenes valores como Presley Norton y Jorge Marcos que acompañan a Carlos Zevallos en sus exploraciones en varios paraderos de la península de Santa Elena. Desafortunadamente a partir de esta época comienza también el interés del mercado ilícito internacional por los objetos arqueológicos del Ecuador. En el país los coleccionistas eran pocos y el valor de los objetos no se prestaba para que se forme un verdadero mercado. Sólo el oro constituía una mercadería que era tradicionalmente adquirida por joyeros, dentistas y hasta por el Banco Central que lo almacenaba como sustento de la moneda nacional. Los objetos de cerámica o piedra eran considerados como “curiosidades de indios” que pocos anticuarios se interesaban en comerciar. Un coleccionista, de origen suizo, tenía que viajar por todo el país para poder negociar con los campesinos que encontraban los “huacos” en sus labores agrícolas². En el Ecuador la arqueología era aún cosa de unos pocos iniciados.

Hasta la década de los 60, fuera de las piezas de La Tolita, los objetos ecuatorianos tenían poca demanda entre los coleccionistas internacionales. Con la fama de las culturas Valdivia y Chorrera llegan los traficantes internacionales que toman contacto con campesinos de todo el litoral y ofrecen precios atractivos por los “objetos de barro de los indios” que antes no interesaban a nadie. Rápidamente se organizan cuadrillas de especialistas que buscan huacas en toda la costa y en algunos parajes de la sierra. En el Carchi se vuelve común la tarea de ir a “sacar infieles”; se descubren así importantes depósitos con mocarros y oro arqueológico, que se vende al peso sin restricción alguna. La Ley de Patrimonio Artístico era aún letra muerta.

Durante la primera mitad del siglo XX, la investigación arqueológica en el Ecuador es efectuada por científicos extranjeros, por historiadores nacionales notables, o por eruditos locales que manejan datos empíricos a la luz de las corrientes históricas y antropológicas en boga. La preocupación por la primera historia de los pueblos americanos no era una preocupación de la sociedad nacional; era más bien un rasgo “curioso” de un grupo de intelectuales que sentían la necesidad de indagar y explicar la naturaleza de las ocupaciones prehispánicas en el territorio ecuatoriano. En realidad este rasgo caracterizaba también a la mentalidad generalizada en occidente. En Estados Unidos y Europa la reevaluación de las culturas pretéritas comienza después de la Segunda Guerra Mundial con un cambio del paradigma científico vigente hasta

ese entonces. La arqueología deja de ser la ciencia de los objetos del pasado y comienza convertirse en el instrumento para indagar y comprender el cambio social a través del tiempo. La arqueología deja de ser la ciencia de los anticuarios y comienza a preocuparse de la dinámica sociocultural.

Autores como Bennett, Kidder, Taylor, Steward, Clark y Willey abogan por un cambio de enfoques, de la simple reconstrucción de la historia cultural hay que pasar al estudio de la cultura y para ello promueven el enfoque funcionalista en que cada elemento del registro cultural está interrelacionado y la comprensión del todo explica cómo funcionaba la sociedad. El enfoque llamado conjuntivista propuesto por Taylor daba prioridad a obtener información sobre las relaciones funcionales que actuaban a todo nivel en las sociedades pasadas. La arqueología se convierte en la sociología del pasado. El estudio del pasado pasa por el análisis del espacio y del medio ambiente; sin llegar a determinismos ecológicos Steward insiste en la necesidad de efectuar un análisis ecológico para obtener datos sobre los modos de subsistencia, del tamaño de las poblaciones posibles y del patrón de asentamientos practicado por las antiguas sociedades. Todos estos datos eran necesarios para comprender por qué las sociedades actuaban e interactuaban de la forma como los hacían (Trigger, 1989: 274-280). Naturalmente este cambio en el enfoque arqueológico llegará al Ecuador poco a poco y por la influencia de los investigadores extranjeros.

Misiones arqueológicas extranjeras

La arqueología ecuatoriana debe mucho a la contribución efectuada por varias misiones extranjeras que han llegado al país aún antes de que el Ecuador sea una republica. El primer caso fue la Primera Misión Geodésica Francesa que llegó a estas tierras en 1736 para medir el arco del meridiano desde el punto de latitud cero. Los trabajos y las observaciones que los científicos franceses hicieron en diversas partes del territorio de la Real Audiencia de Quito pueden ser consideradas como un trabajo pionero en el registro arqueológico. Las anotaciones de Godin, Bouguer y La Condamine hechas en varias localidades de lo que es hoy el Ecuador tienen un incalculable valor etnográfico, botánico, geológico y hasta arqueológico. Por ejemplo, las someras descripciones de las ruinas precolombinas o los grabados hechos por la Misión en Ingapirca son algunas de las pocas muestras de uno de los primeros registros del patrimonio arqueológico de este país³.

Una Segunda Misión Geodésica Francesa, vino a Ecuador a fines del siglo XIX, para extender los trabajos sobre el arco de meridiano trazado por la primera misión francesa y para corroborar la información recopilada en el siglo XVIII. En 1901 se integró a la misión el Dr. Paul Rivet, quien vivió en el Ecuador hasta 1906 como médico y naturalista de la misión. En este

lapso recorrió el país haciendo importantísimas observaciones en todos los campos de la ciencia, pero sobre todo en lo referente a los pueblos aborígenes pasados y presentes. Sus estudios fueron desde la arqueología hasta la lingüística de varios grupos de la sierra y del oriente. De regreso a Francia publicó, con el Dr. René Vernau, la célebre *Ethnographie Ancienne de l'Equateur* (1912) y desde entonces no paró de efectuar y publicar trabajos sobre la antropología antigua y presente de América y del Ecuador, que él consideraba como su segunda patria⁴. A pesar de su relativa antigüedad, los trabajos de Rivet siguen siendo de consulta necesaria en muchas temáticas antropológicas de nuestra primera historia.

En los últimos treinta años, Francia ha contribuido con otras cinco misiones arqueológicas al Ecuador. La primera llegó a fines de la década de los 70, con un grupo del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), encabezado por Jean Guffroy. Este grupo trabajó con el Museo del Banco Central en la provincia de Loja hasta el año 1981 y produjo entre otros logros, la primera secuencia cultural del Formativo de la Sierra Sur (Guffroy *et al*, 1987; Guffroy, 2004). Una nueva misión francesa, representada por Jean François Bouchard del Centre National de Recherche Scientifique (CNRS), colaboró nuevamente con el Museo del Banco Central durante los trabajos realizados en La Tolita entre 1983 y 1989. Una tercera misión oficial llegó en 1995, con un nuevo grupo del IFEA, encabezado por Stéphen Rostain. El IFEA efectuó convenios con la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y con el Museo del Banco Central para realizar investigaciones en el valle del Upano. Este equipo tuvo una codirección ecuatoriana con Ernesto Salazar de la PUCE. El equipo trabajó en el sitio que el Padre Porras denominó Sangay y realizó varias temporadas de campo con estudiantes y egresados, tanto de la PUCE como de la ESPOL. Una síntesis de varios trabajos realizados fue presentada en el 49 Congreso Nacional de Americanistas, realizado en Quito (Rostain, 1999; Salazar, 1998; 2000).

En 1999 vuelve una misión arqueológica con el grupo del Institut de Recherche pour le Développement (IRD). En el año 2001 se firmó un convenio de cooperación científica y asistencia técnica con el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, que permitió la realización de dos programas de investigación, uno en el norte de Esmeraldas (Valdez ed., 2005) y otro en la provincia de Zamora Chinchipe. Jean Guffroy y Francisco Valdez realizaron el primer inventario arqueológico de esta provincia amazónica, descubriendo una nueva tradición Formativa en la vertiente oriental de los Andes. Los trabajos que se efectúan actualmente en la cuenca hidrográfica del río Chinchipe están demostrando la antigüedad de las interacciones entre la costa, la sierra y la Amazonia que parecen dar fundamento al origen temprano de la civilización Andina (Valdez *et al*, 2005; Valdez, 2007a). Un investigador asociado al programa del IRD fue Geoffroy de Saulieu, quien se interesó en la problemática de la arqueología del Pastaza y se dedicó a estudiar las colecciones del Museo Amazónico de la Universidad Salesiana, la del Museo Etno-arqueológico de Puyo y de Pastaza y volvió a trabajar los materiales extraídos por el P. Porras. Sus análisis y perseverancia le han llevado a recontextualizar los datos y a ofrecer una visión más coherente del cuerpo cerámico y de la cronología prehispánica de Pastaza (Saulieu, 2006; 2007; Saulieu y Rampon, 2006; Saulieu y Duche, 2007; Duche y Saulieu, 2009). Otro investigador asociado a los programas del IRD es

la antropóloga Alexandra Yépez, contraparte ecuatoriana en las investigaciones tanto de Esmeraldas como en Zamora Chinchipe, su dedicación no siempre bien reconocida, fue más allá del apoyo institucional ecuatoriano que recibió. Su convicción de que la comunidad debe estar involucrada en el proceso investigativo le llevó a efectuar trabajos etnoarqueológicos (Yépez, 2006a y b; 2007) y a promover un diagnóstico gubernamental de la puesta en valor de los recursos patrimoniales en la región de cada estudio arqueológico. Gaëtan Juillard y Julio Hurtado, investigadores asociados al IRD, han sido los responsables de la protección y el rescate del yacimiento Santa-Ana/La Florida cuando éste estuvo a punto de perderse con las inundaciones del río Valladolid en el 2007 y en el 2008. Juillard es el responsable de la creación y del mantenimiento del portal electrónico

www.arqueo-ecuatoriana.ec

, único sitio en Internet dedicado exclusivamente a la arqueología del Ecuador (Juillard, 2007). Sus publicaciones e informaciones técnicas y metodológicas son un instrumento fundamental en la actualización de la práctica arqueológica en el país.

La cuarta misión francesa ha sido en realidad una misión franco-española, con J.-F. Bouchard (CNRS) y Mercedes Guinea de la Universidad Complutense de Madrid. El grupo de esta misión conjunta viene trabajando desde el 2004 en el sitio manteño de Japotó en la costa central de Manabí (Guinea y Bouchard eds., 2006).

A inicios de la década de los años 1970, España envió una importante misión arqueológica al Ecuador para trabajar en dos frentes: en el sitio inca-cañari de Ingapirca y en la provincia de Esmeraldas. El Profesor José Alcina encabezó esta misión, involucrándose personalmente en Esmeraldas. El grupo estuvo compuesto por profesores y estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid que abarcaron diversas temáticas en los campos de la arqueología, la etnohistoria, la etnología y la lingüística. En un primer momento Alcina deseaba trabajar en el yacimiento la Tolita, pero los trabajos iniciados por el Museo del Banco Central, con Juan Cueva como arqueólogo, le obligó a concentrarse en el sur de la provincia Esmeraldas. Entre 1970 y 1975 se realizaron sendas temporadas de campo que produjeron varias monografías publicadas en una colección intitulada Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador. En el Cañar los trabajos comenzaron con una colaboración con la Comisión del Castillo de Ingapirca, en un intento de detener el deterioro del monumento, luego se concretó un programa de investigaciones en el yacimiento, confiado a Antonio Fresco, un estudiante del ciclo doctoral de la Complutense⁵.

Alemania ha tenido también una participación destacada en el quehacer arqueológico del país. A la tradición de naturalistas y científicos del siglo XIX (von Humboldt, Wolf, Reiss y Stubel) se unen otros, como Spillmann, Uhle, Mayer y Sauer, en el siglo XX. En el campo arqueológico, a los trabajos de Uhle, le suceden los estudios de los antropólogos del llamado "Grupo Ecuador", de la Universidad de Bonn. En la década de los 60, el grupo encabezado por Udo Oberem

interviene con un proyecto de gran escala en Cochasquí. Ellos efectúan trabajos de campo entre 1964 y 1965 y producen un plano comprensivo del mayor yacimiento monumental del norte del Ecuador. Las excavaciones efectuadas recuperan contextos funerarios, cortes estratigráficos, información sobre los procesos constructivos de las pirámides y sacan a la luz algunas plataformas de planta circular en la cima de los montículos truncos. Estas podrían corresponder a las plantas de edificaciones circulares (bohíos) situadas sobre las pirámides. Los datos cerámicos servirán para construir seriaciones e informar sobre las distintas ocupaciones del sitio. Los fechados de carbono 14 corroboran la existencia de dos fases que se expanden desde el 950 al 1550 dC. Los trabajos de varios de los antropólogos fueron publicados en artículos y monografías que fueron luego compilados y publicados en tres tomos por la colección Pendoneros del Instituto Otavaleño de Antropología (Oberem, 1981). En la década de los 90, un ex-estudiante de la Universidad de Bonn, Markus Reindal, vendrá al Ecuador con un estudiante de la Universidad de Neuchâtel (Suiza), Nicolás Guillaume-Gentil, para iniciar una serie de estudios en el yacimiento La Cadena, situado en la provincia de Los Ríos (Reindal y Guillaume-Gentil, 1995). Reindal se retiró a proseguir los trabajos que tenía a su cargo en el Perú y Guillaume-Gentil llevó a término con mucho éxito el proyecto. La tesis doctoral de Guillaume-Gentil, que da una visión amplia de la complejización sociocultural a través del tiempo, acaba de ser publicada en español (Guillaume-Gentil, 2009).

Inglaterra ha tenido dos misiones arqueológicas en el Ecuador, a inicios de los años 70 un grupo del British Museum hizo una serie de reconocimientos en la provincia de El Oro. Este grupo publicó algunos informes preliminares de sus trabajos, que incluyeron varias dataciones de carbono 14 (Carmichael et al, 1979). En la década de los años 1990, un equipo de la Universidad de York, encabezado por la Dra. Elizabeth Currie, efectuó trabajos en el sitio Manteño de Puerto López Viejo, provincia de Manabí. Entre 1992-1997 se utilizó el Centro de Investigaciones y el Museo Salango (CIMS) como base para efectuar varios estudios. Algunos resultados han sido ya publicados (Currie 1995a, 1995b, 2001), pero todavía no hay un informe final. Otros investigadores y estudiantes ingleses trabajaron intermitentemente en el yacimiento de Salango, que bajo la dirección de Presley Norton, se había convertido desde inicios de la década de los 80 en una verdadera escuela internacional de trabajos de campo y de laboratorio. Cuando Norton falleció, en 1993, el CIMS quedó a cargo de un investigador inglés, Richard Lunniss, quien era el principal colaborador de Norton. Lunniss culminó los trabajos que se realizaban en el sitio y elaboró su tesis doctoral con varias de las temáticas de este importante yacimiento. En los últimos años ha estado a cargo de los materiales del sitio, trabajando y publicado varios artículos relacionados con la arquitectura que caracteriza a las distintas ocupaciones de Salango (Lunniss, 2007; 2008).

Bélgica mantuvo una misión de Cooperación Técnica al Desarrollo en el Ecuador durante la década de los años 80, brindando asistencia al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural en varios campos. Jozef Buys fue el investigador belga que trabajó en varios campos del quehacer arqueológico en la región de Quito. Junto a sus colegas del INPC realizó intervenciones en algunos sitios del distrito metropolitano. Estos incluyeron trabajos de arqueología colonial en

algunos conventos del centro histórico (Buys et al, 1988; 1989; y 1990). Las investigaciones efectuadas en Cumbayá brindaron la oportunidad de evidenciar las interacciones que se mantenían regularmente entre la costa y la sierra durante los períodos Formativo tardío y Desarrollo Regional (Buys y Domínguez, 1988; 1989).

A pesar de que estudiantes y profesores de varias universidades norteamericanas han realizado trabajos arqueológicos en el país, no se puede hablar de una misión arqueológica oficial. En esto se diferencian los esfuerzos hechos por varias instituciones académicas de los Estados Unidos en los países que fueron generalmente considerados como el foco de las civilizaciones americanas. México y Perú vieron desde fines del siglo XIX el arribo de sendas expediciones auspiciadas por universidades y fundaciones de distinta índole. En el Ecuador se puede mencionar, sin embargo, siete intervenciones principales:

1. la misión de Edwin Ferdon, auspiciada por The School of American Research de la Universidad del Sur de California en 1939 (1940);
2. la misión del Institute of Andean Research de la Universidad de Chicago, integrada en 1941 por Donald Collier y John Murra;
3. los trabajos efectuados por los esposos Meggers y Evans entre 1956 y 1966 del Smithsonian Institution de Washington;
4. Las misiones de Robert Bell (Universidad de Oklahoma), William Mayer-Oakes (1961) y Thomas Lynch (1971);
5. la misión de Edward Lanning, de la Universidad de California(1964); y
6. la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois, dirigida por Donald Lathap e integrada por Jorge Marcos, James Zeidler y Deborah Pearsall (entre otros) desde los inicios de la década de los años 1970.
7. La misión del Massachussets Institute of Technology (MIT) dirigida por Heather Lechman que vino en la década de los 80 en un convenio con el Museo del Banco Central para realizar estudios sobre la metalurgia precolombina. Dorothy Hosler y Ton Cummings formaron parte de esta misión y realizaron estudios importantes en varios dominios.

Con distintos grados de trascendencia, todas estas misiones tuvieron un carácter decisivo en el quehacer arqueológico de las distintas regiones que tocaron. Los trabajos de Ferdon se concentraron en la costa y por pedido del Gobierno nacional aclararon la naturaleza del “paradero La Tolita” como un yacimiento arqueológico de primer orden⁶. Por otro lado, los distintos aportes que hizo Ferdon al campo de la geografía física y hasta de la etnografía abrieron el camino a un enfoque más ecológico del estudio arqueológico en el país (Ferdon

et al, 1950). Los trabajos de Collier y Murra en el sur del país y más concretamente en Cerro Narrío abrieron las puertas al reconocimiento del Formativo del Austro

No cabe duda de que el aporte efectuado por Meggers y Evans abrió el camino para las investigaciones modernas en la arqueología nacional. Estos investigadores americanos llegaron inicialmente al Ecuador a fines de los años 1950, haciendo un recorrido del río Napo y reportando sobre la existencia de varias culturas prehispánicas a lo largo de los ríos amazónicos (Meggers y Evans, 1968). A pedido de Emilio Estrada vuelven al Ecuador para efectuar investigaciones en varios sitios de la costa, entre los que Valdivia ocupará un lugar privilegiado. Los trabajos realizados con Estrada aclararán la secuencia de una larga serie de ocupaciones en el litoral y darán lugar al surgimiento de una cronología basada en fechamientos de carbono 14 para todo el país. Estrada había propuesto que se aplique el marco general la periodificación americana formulada por James Ford y luego depurada por Willey y Philips (1958) y con ello se arma el esquema del enfoque histórico cultural que Meggers definirá, más claramente en su libro "Ecuador", para el estudio del proceso evolutivo de la arqueología nacional. Más tarde, los trabajos de Meggers, Evans y Estrada ponen al Ecuador en la escena mundial con una hipótesis difusionista del origen japonés de la cerámica en América que algunos defienden hasta ahora.

A pesar de que no se trató de una misión oficial propiamente dicha, el estudio de las ocupaciones paleoindias en la sierra ecuatoriana debe mucho a los trabajos de Bell y Mayer-Oakes en la región del Ilaló y de Lynch en Chobshi. Los trabajos pioneros de Carlucci habían ya señalado la presencia de evidencias de ocupaciones del Pleistoceno en las cercanías de Quito, pero fueron los trabajos y las excavaciones sucesivas que efectuaron Bell primero y Mayer-Oakes luego las que dieron una visión coherente de las ocupaciones en el sitio El Inga. Estos estudios sirvieron de base a los trabajos que luego efectuó Ernesto Salazar en la misma zona y que llevó a la identificación de las fuentes de obsidiana utilizadas por los primeros pobladores del callejón interandino. Otro investigador que se ocupó de los sitios paleoindios en la sierra fue Thomas Lynch de la Universidad de Cornell, quien realizó excavaciones en la llamada Cueva Negra de Chobshi (Azuay) en 1971 (Lynch y Pollock, 1981). Los resultados de sus trabajos evidenciaron la presencia de otras tradiciones líticas, así como una amplia gama de recursos empleados por los habitantes tempranos del sur de los Andes ecuatorianos.

En 1964, Edgard Lanning hace una escala en Ecuador y efectúa un reconocimiento de la parte occidental de la península de Santa Elena. El resultado será la identificación de varios sitios pre-cerámicos y la propuesta de 4 supuestos complejos líticos tempranos: Exacto, Manantial, Carolina y las Vegas. La antigüedad de los mismos abarcaría unos 5 000 años, comenzando desde el 12000 y terminando hacia unos 7000 años antes del presente. La posibilidad de ocupaciones antiguas en la península había sido siempre supuesta, pero nunca verificada. En 1970 llega al país la arqueóloga Karen Stothert, quien se propone dar contenido a los hallazgos de Lanning estudiando estos complejos en detalle.

Los trabajos de Stothert demostraron a la larga que sólo uno de los cuatro complejos podía ser sustanciado, identificando la cultura Las Vegas que tuvo una duración de un poco más de 3000 años entre el 10000 y el 6600 antes del presente. Los estudios revelaron la presencia de grupos de pescadores-recolectores que vivieron de manera sedentaria en un mismo territorio amplio, llegando a tener un modo de vida casi aldeano. Los estudios del material orgánico encontrado (polen y fitolitos) revelaron la presencia de varias plantas que pudieron haber sido cultivadas, varias de las cuales eran comestibles o utilitarias. Entre las más significativas hay evidencia de fitolitos de zapallo, maíz, mate, achira, fréjol y algodón (Stothert, 1988:239). Otra primicia de esta cultura fue la presencia de un verdadero cementerio en las inmediaciones del área habitacional. Este cementerio marca, hasta la fecha, el depósito funerario colectivo intencional más antiguo del continente americano. En un lapso de cuarenta años, Stothert ha hecho contribuciones importantes a la arqueología y a la etnografía de los pueblos antiguos y presentes del litoral ecuatoriano.

La Misión Antropológica de la Universidad de Illinois trabajó originalmente en el sitio Real Alto, de la cultura Valdivia, ubicado en el valle de Chanduy. Los estudios interdisciplinarios pusieron en evidencia la complejidad social que caracterizó a la sociedad Valdivia, subrayando factores como la organización del espacio, la arquitectura temprana, la agricultura inferida a partir de los restos orgánicos fósiles, la tecnología de las distintas artesanías y las interacciones que los habitantes del sitio mantuvieron con varias regiones de corta, mediana y larga distancia (Lathrap, 1975). Buena parte de los investigadores norteamericanos que vinieron a trabajar con la misión de la Universidad de Illinois colaboraron luego en el surgimiento del Centro de Estudios Arqueológicos, que Jorge Marcos creó en la Escuela Politécnica del Litoral. La trascendencia de esta colaboración académica internacional fue muy grande, pues sirvió de base para montar un centro de formación arqueológica en la costa ecuatoriana⁸. La principal innovación de la metodología impuesta por el grupo de Illinois fue la multidisciplinaridad y el uso de las técnicas modernas de recuperación y estudio de restos orgánicos fósiles (macro y micro restos como polen y fitolitos). Por otro lado, se practica la visión procesualista de la arqueología. Los alumnos de Lathrap pretendían dar un salto, del enfoque simple de la historia cultural a niveles explicativos amplios, que podrían contribuir a la formulación de leyes generales sobre el comportamiento humano.

Sin ser parte de misiones oficiales muchos arqueólogos de Estados Unidos han realizado estudios en el país en los últimos cuarenta años, sería imposible enumerarlos a todos en este breve artículo, pero por sus contribuciones se deben mencionar a Stephen Athens, Tamara Bray, David Brown, Warren DeBoer, Sammuel Connell, Johnathan Damp, Leon Doyon, Alice Francisco, John Issacson, Betsy Hill, Ronald Lippi, Earl Lubensky, Maria Massucci, Eugene McDougal, Collin McEwan (del Reino Unido), Michel Muse, Karen Olsen Bruhns, Allison Paulsen, Emil Peterson, Arthur Rostoker, Peter Stahl, John Staller, David Stemper y Douglas Ubelaker.

Por último, hay que señalar la presencia de la Universidad Atlántica de Florida (FAU), que ha venido al Ecuador casi todos los veranos desde 1997, para trabajar en la zona arqueológica de Salango (Río Chico), con una escuela de campo. El Dr. Michael Harris con su esposa, la arqueóloga ecuatoriana Valentina Martínez, mantienen el denominado Ecuador Field School Programs que realiza estudios arqueológicos y etnográficos en la costa de Manabí. Desde épocas del Programa Arqueología para el Ecuador (PAE), las investigaciones en Salango se financiaban parcialmente con la participación de estudiantes extranjeros que pagaban a sus universidades por aprender y efectuar trabajos de campo en las instalaciones del PAE. Luego de la muerte de Presley Norton esta práctica decayó hasta que la FAU retomó esta modalidad. Se desconoce si hay un aporte económico para la investigación general y el mantenimiento del sitio, pero es un hecho que la FAU gestionó con la embajada de los Estados Unidos un fondo para restaurar las instalaciones de la antigua casa de hacienda de Salango. El trabajo ha contado con la ayuda técnica del INPC y con la colaboración de la comuna de Salango. No obstante, en el proceso han surgido incompatibilidades con el programa de investigación, análisis y publicación del sitio Salango, que los científicos que efectuaron las investigaciones originales habían mantenido durante tres décadas. Los aportes de la FAU al conocimiento de la arqueología de la costa de Manabí deben ser difundidos localmente, pues la comunidad espera recibir la información que esta prestigiosa casa de estudios publica en el exterior (Harris *et al*, 2004; Martínez *et al*, 2006; Martínez y Martín, s.f.).

Para terminar el recorrido de los países que han contribuido con la arqueología ecuatoriana hay que mencionar a Canadá, que a pesar de que no ha tenido misiones oficiales ha enviado a dos arqueólogos notables, Scott Raymond, actualmente de la Universidad de Calgary y Paul Tolstoy de la Universidad de Québec. Raymond, un experto en el formativo americano trabajó en las temáticas relacionadas con Valdivia y actualmente está encabezando nuevas investigaciones en Cerro Narrío. Paul Tolstoy es una autoridad en la arqueología americanista, conocido desde los años 50 en la investigación en Mesoamérica, vino a Ecuador en 1985 con Warren DeBoer para trabajar en el norte de Esmeraldas. Su participación en el proyecto conjunto fue crucial para la identificación de muchos sitios y fases en las cabeceras de los ríos Santiago y Cayapas.

Las Universidades Nacionales

Tradicionalmente la universidad ecuatoriana ha tenido muy poco protagonismo en la investigación científica. En el campo arqueológico el esfuerzo precoz de Max Uhle y Jijón, no tuvo eco hasta que los esposos Santiana Carlucci retomaran la cátedra a fines de los años 1950

e inicio de los 1960 y exploraran paraderos en Imbabura y en el valle del Ilaló (Carlucci, 1961 y 1963). La excepción notable fue la obra que realizó el Padre Pedro Porras, primero como misionero y luego desde el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sede Quito. Porras realizó importantes trabajos en la costa, sierra y sobre todo en la Amazonia durante más de treinta años entre los años 1950 y 1988. El Centro de Investigaciones Arqueológicas fue parte de la escuela de Pedagogía y reunió en su momento un grupo grande de estudiantes que luego han ejercido la profesión de arqueólogos e historiadores. Manuel Miño Grijalva, José Echeverría, Marcelo Villalba, Patricio Moncayo fueron algunos de los más destacados. Porras y algunos de sus alumnos publicaron desde el Centro una lista importante de libros y artículos que fueron durante muchos años las principales fuentes asequibles, en español, sobre la arqueología del Ecuador⁹.

Porras tuvo estrecho contacto con Betty Meggers y el grupo del Smithsonian Institution de Washington y fue el representante más notable de la escuela de interpretación arqueológica que esa institución formó en Sud América¹⁰. El Centro de investigaciones Arqueológicas de la PUCE fue convirtiéndose en el gran depositario de una infinidad de materiales recuperados a lo largo y ancho del país.

Los trabajos de Porras y sus estudiantes fueron un aporte importante para la adquisición y la sistematización del registro arqueológico que se iba identificando en los trabajos de campo. Porras, siguiendo la metodología de análisis instaurada por Betty Meggers en su libro "Ecuador" (1966), fue aislando de las características más notables del registro, entre las que hacía hincapié en el medio ambiente, los elementos característicos de subsistencia, la tecnología, el tipo de vivienda, los patrones de asentamiento, la organización social, la vida ceremonial, las costumbres funerarias y con éstas trataba de establecer las relaciones con otras fases culturales contemporáneas. Porras hacía uso de la inferencia posible a partir de los vestigios materiales para construir cuadros culturales de las sociedades pasadas. Estos cuadros tomaban el nombre de fases culturales, siendo la cerámica su elemento diagnóstico (fósil guía). La investigación arqueológica concentra sus esfuerzos en recuperar restos culturales que definan o se ajusten a las fases que se van estableciendo. Siendo por lo general los tiestos los restos que mejor sobreviven al paso del tiempo, la ceramología cobra un lugar de preferencia en el estudio de esta disciplina.

La década de los 80 marca el inicio y el clímax de la formación de arqueólogos en el país. En Quito se abre una especialización en arqueología dentro de la escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE) y muchos alumnos que habían integrado el Centro de Investigaciones Arqueológicas del Padre Porras, pasan por las aulas y algunos sacan sus licenciaturas. Una nueva generación de jóvenes antropólogos-arqueólogos comienza a formarse en la Católica de Quito, con la participación obligada en los trabajos de campo que se abren dentro de los proyectos de investigación del Museo del Banco Central.

Varios de éstos se incorporan luego al equipo de planta de Museo y desde allí seguirán ejerciendo una labor profesional. Una buena cantidad de estudiantes no corrió con igual suerte y sin graduarse no encontró salidas en el mercado de trabajo.

En Guayaquil, Jorge Marcos abre el Centro de Estudios Arqueológicos en la Escuela Politécnica del Litoral (ESPOL) y brinda la oportunidad, a jóvenes venidos de todo el país, de estudiar los métodos y técnicas de la disciplina. Aprovechando de la presencia en Guayaquil de un buen grupo de investigadores de la Universidad de Illinois, Marcos dota al CEA de una planta de profesores altamente calificados que formarán unas dos generaciones de técnicos. A la planta de arqueólogos norteamericanos se une luego Silvia Álvarez quien le da además un tinte antropológico a la carrera. Los egresados que efectúan una tesis salen con una licenciatura. Los trabajos y tesis de muchos ellos han contribuido al conocimiento de la arqueología regional.

Desafortunadamente, con el tiempo el CEA se fue quedando sin profesores y en un momento dado cerró su pensum, dejando a un número de alumnos sin poder terminar sus estudios. Otros, por razones diversas, no se graduaron en el tiempo previsto y, en el mejor de los casos se quedaron durante años de egresados. Con el tiempo varios alumnos aprovechados se convirtieron en profesores y ayudaron a sus colegas a terminar el ciclo de estudios. En los últimos tiempos hubo un programa destinado a ayudar a graduar a muchos egresados, que se acogieron y se convirtieron en la última camada de la ESPOL.

El problema de la titulación merece un comentario aparte, si bien la función de las universidades es formar profesionales capacitados para afrontar la realidad del mercado laboral, hay que decir que tanto la PUCE como la ESPOL no han cumplido correctamente con este objetivo básico de la educación superior. Por razones diversas, la mayoría de los estudiantes de ambas casas de estudio, no tuvieron el seguimiento adecuado para que éstos puedan graduarse en los plazos normales. Hay que reconocer que cuando la mayoría de estudiantes no logra finiquitar adecuadamente su carrera, el problema no es únicamente de los estudiantes. Cuando uno considera que en casi treinta años la PUCE no ha logrado graduar más que un puñado de estudiantes con especialización en arqueología, uno se pregunta ¿qué está fallando? La respuesta se torna más compleja cuando uno hace el seguimiento de la carrera de algunos estudiantes, que después de muchos años de haber terminado su ciclo en la PUCE, optaron por reciclarse en otra universidad y sacar su licenciatura al poco tiempo. Fácil sería presumir que algunas instituciones “regalan” sus títulos académicos y que otras no, pero a la luz de los trabajos de ciertas tesis, esa suposición merecería una investigación más profunda. Una réplica posible sería que la PUCE se niega a graduar a malos estudiantes, pero allí cabe la pregunta ¿Por qué son malos?, si para llegar a la instancia de egresados, éstos se formaron en la misma casa de estudios?

Hay que reconocer que la estructura universitaria nacional da prioridad a determinadas carreras en detrimento de otras, pues no se hacen esfuerzos en dotar a todas las facultades o escuelas de recursos humanos o físicos para propiciar un desarrollo académico sólido. Como la educación es un negocio que responde a las demandas del mercado estudiantil, ninguna institución hace una inversión notable por una docena de estudiantes. Por otro lado, hay que reconocer que los sueldos que se pagan a los docentes no son atractivos y pocos son los profesionales que actúan por amor al arte.

Para terminar con este tema, hay que anotar que en los últimos años se ha visto un afán desenfadado por la obtención de un título académico de tercer nivel, es decir la maestría en arqueología. Lo triste es que en la mayoría de los casos esto no responde a un verdadero deseo de obtener una especialización, sino al legítimo anhelo de tener opciones de subir en el escalafón salarial. La Universidad Central del Ecuador abrió un ciclo de maestría, para el que no era necesario tener una formación previa en arqueología, pero luego de pasar por cursos muy generales se salía de magíster en esa disciplina.

Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)

Desde fines de la década de 1970, el IOA elaboró el “Proyecto de investigaciones arqueológicas de los Andes Septentrionales del Ecuador” en el cual intervinieron entre otros, investigadores como José Echeverría, José Berenguer, Fernando Plaza, Segundo Moreno, María Victoria Uribe, John Stephen Athens y Alan Osborn. El objetivo de este proyecto era “...la consecución de una mayor sistematización de los estudios arqueológicos en este territorio y, al mismo tiempo, contribuir a una política de conservación, resguardo y protección del patrimonio cultural” (Echeverría, 1985:83). La labor de este instituto se concentró en prospecciones e intervenciones puntuales en algunos sitios; la contribución más importante fue la publicación de varias monografías y artículos en la colección Pendoneros, serie Arqueología, y en la revista *Sarance*.

El programa Cochasquí

El Consejo Provincial de Pichincha inició, a fines de la década de los años 70, un proyecto ambicioso tendiente a recuperar uno de los mayores complejos arquitectónicos precolombinos de los Andes Septentrionales, el complejo Cochasquí. Para ello contrató los servicios de Lenin

Ortiz, profesor de la Universidad Central y conocedor de las problemáticas de la cultura precolombina Quito Cara. Ortiz, seguidor de la corriente denominada Arqueología Social Latinoamericana, se propuso efectuar nuevas investigaciones arqueológicas en el yacimiento, a la vez que incorporaba a varias comunidades de la zona al proceso de recuperación social de los valores patrimoniales (Ortiz, 2009).

El programa incluyó la realización de investigaciones históricas y etnográficas en las comunidades, fruto del cual se rescató la memoria de varios dirigentes indígenas y se levantó un museo de la cultura tradicional de los campesinos descendientes de los constructores de Cochasquí. Los trabajos perduraron durante muchos años, llegándose a montar un verdadero parque arqueológico que subsiste hasta la actualidad. En la investigación arqueológica colaboraron varios estudiantes universitarios que hoy ejercen calificadamente la profesión de arqueólogos. A pesar de que el programa ha tenido altos y bajos, el Gobierno de la Provincia de Pichincha mantiene el parque y tiene proyectado iniciar una nueva etapa de trabajos científicos.

El Programa de Antropología para el Ecuador

Presley Norton, arqueólogo guayaquileño, creó a fines de la década de los 70, el Programa de Antropología para el Ecuador (PAE) que tuvo intención de realizar investigaciones en la costa del Pacífico del Ecuador, incluyendo varias islas sagradas, como la Isla de la Plata. Con el tiempo se fue centrando en la región de Salango y Machalilla, en el sur de Manabí. Norton recuperó la casa de la antigua hacienda "La Tropical" en Salango y asentó allí la base de sus investigaciones regionales. El PAE funcionaba principalmente con el financiamiento del Museo del Banco Central, pero recibía también aportes de varias instituciones internacionales, como World Watch. De hecho, el PAE mantenía exitosamente una escuela de campo internacional que recibía estudiantes de todo el mundo y con ello se ayudaba para las investigaciones.

Durante los 80s, el PAE se fue consolidando y con el apoyo de Olaf Holm, del Banco Central de Guayaquil, conformó el Centro de Investigación y Museo de Salango (CIMS). Este centro fue sobre todo un gran apoyo para la investigación arqueológica en el sur de Manabí. Algunos arqueólogos trabajaron desde allí para la realización de sus tesis doctorales. Así por ejemplo, el británico Colin McEwan estudió toda la región de Agua Blanca y Ann Mester, estudiante americana, se concentró en Los Frailes, cerca de Machalilla. No obstante, el PAE y el CIMS recibieron también a varios estudiantes ecuatorianos del Centro de Estudios Arqueológicos de la ESPOL, quienes se capacitaban en el trabajo de campo. Algunos de ellos hicieron también sus tesis de licenciatura con temáticas o materiales del sur de Manabí. El PAE trabajó en el sitio principal de Salango (OMJPLP-140, 141A, B, C) hasta 1989, cuando la empresa pesquera

Polar, dueña del terreno, tapó una buena parte del yacimiento con una bodega de harina de pescado, bajo un piso grueso de cemento.

Como ya se dijo, Richard Lunniss, quedó a cargo de las investigaciones en el sitio epónimo cuando falleció Norton, en 1993. Desde ese entonces, el PAE se reformó bajo la denominación de Fundación Presley Norton y se entregó la administración del CIMS a la Fundación Prepueblo en 1995. En agosto del 2004, Prepueblo se retiró del CIMS y la administración del centro Salango quedó a cargo de Richard Lunniss y de Patrick Gay, otro investigador americano, hasta agosto 2005, en que la comuna Salango se posesionó del lugar.

En los últimos años, los investigadores residentes cuidaron del sitio y de sus colecciones sin ningún tipo de apoyo institucional. El antiguo centro de investigaciones de Salango, que fue una referencia en el ámbito internacional, se ha ido desintegrando, con riesgo para la información y las colecciones que recabó y mantuvo el grupo liderado por Presley Norton durante 30 años. El INPC, zona 4 (Manabí), tiene la responsabilidad de velar por estos recursos patrimoniales que guardan, no sólo los datos arqueológicos, sino sobre todo la memoria social de las investigaciones en el sur de Manabí.

El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

Desde su creación en 1978, el INPC¹¹ se dotó de un departamento de arqueología que tuvo la tarea fundamental de actuar frente a las constantes denuncias de hallazgos arqueológicos que se producían en el país. El Sr. Rodrigo Pallares, director del Instituto nombró a María del Carmen Molestina como responsable de las investigaciones arqueológicas que se efectuaban desde esta instancia oficial. A pesar de las limitaciones económicas del departamento de arqueología tuvo algunos colaboradores como Rodrigo Erazo, Juan Carrera, Victoria Domínguez y Mónica Bolaños que se encargaban de efectuar técnicamente rescates arqueológicos donde eran requeridos. Algunos de estos cobraron una importancia especial por la naturaleza de sus evidencias. La primera intervención efectuada en el sitio quiteño La Florida estuvo a cargo del INPC. Otros trabajos se concentraron en el estudio de los niveles arqueológicos encontrados bajo algunas de las iglesias de Quito que fueron afectadas por el terremoto de 1987. Para esas intervenciones del Instituto contrató los servicios de varios jóvenes profesionales.

Los Museos del Banco Central

La arqueología en el Ecuador conoce en la década de los años 1980, el mayor impulso que jamás había recibido hasta entonces. El Banco Central del Ecuador, a través de sus museos, realiza un nutrido programa de investigaciones científicas, tanto en la costa como en la sierra ecuatoriana. El mecenazgo coincidió con el boom petrolero, que gracias a la acción de algunas mentes preclaras como Hernán Crespo, Olaf Holm, Francisco Aguirre y Eduardo Samaniego, “sembró el petróleo en la cultura”. Los Museos del Banco Central promovieron y financiaron unos 15 proyectos de investigación arqueológica en el país¹². Desde esta institución, arqueólogos profesionales comienzan a formular temáticas de investigación, con la prioridad de ir llenando vacíos en el conocimiento de la historia antigua de los pueblos que crearon las piezas que llenaban las vitrinas o los catálogos de las exposiciones itinerantes, que viajaban dentro y fuera del país.

El Banco Central fue un verdadero promotor de la investigación arqueológica, pues financió trabajos de campo y de laboratorio, organizó cursos y exposiciones, pero sobre todo publicó la mayor parte de sus resultados científicos. Esta tarea no sólo se cumplió a través de libros y revistas especializadas (*Miscelánea Antropológica*), sino que además se publicaron regularmente folletos y catálogos de divulgación popular, que ayudaron a cambiar la imagen de la arqueología en el imaginario del país. Los objetos arqueológicos no eran ya la finalidad de las excavaciones (ya habían suficientes en las vitrinas), éstos eran ahora sólo el comienzo de las pesquisas.

Por otro lado, el Museo abre varios frentes con la investigación de temáticas específicas que no habían sido tratado antes. Se excavan poblados prehispánicos en Quito y Cuenca, se incursiona en la vertiente occidental de los Andes, se retoma la investigación en Loja y El Oro, se buscan las fuentes de obsidiana, se impulsan estudios tecnológicos en la metalurgia precolombina, se estudian y se restauran monumentos emblemáticos (Ingapirca, Rumicucho, Pumapungo), se auspician estudios en Salango, Agua Blanca y en varias localidades de la península de Santa Elena, se combate la huaquería con estudios sociales y con el ejemplo de la investigación científica en La Tolita.

Durante más de 10 años los Museos del Banco Central financiaron proyectos de investigación que ejecutan profesionales nacionales y extranjeros: Karen Stothert, Mathilde Temme, Ernesto Salazar, Jorge Marcos, Marcelo Villalba, Ronald Lippi, Patricia Netherly, Presley Norton, Francisco Valdez, Eduardo Almeida, Jaime Idrovo, Napoleón Almeida y Antonio Fresco. Adicionalmente fomentó la formación de jóvenes arqueólogos que colaboraron en los equipos de investigación. En todos estos trabajos dominó el carisma que el Director de los Museos, Hernán Crespo, imprimió a la recuperación del patrimonio arqueológico, por ello se ha dicho que “... si con González Suárez comenzó la historia de la arqueología y con Jijón y Estrada se

ganó sus letras de nobleza, con Hernán Crespo volvió al pueblo y gracias a él fue asumida por la colectividad.” (Valdez, 2009: 229).

Desde Guayaquil, Olaf Holm dirigió las amplias labores del Museo del Banco Central auspiciando los proyectos de recuperación arqueológica, etnográfica, lingüística y tecnológica de los pueblos costeros¹³.

El patrocinio a la investigación arqueológica termina de manera abrupta a inicios de los 90 cuando el Banco Central cambia radicalmente su política de acción cultural y reduce su quehacer a la obra de exposición y curaduría de sus colecciones. Desde entonces, algunas publicaciones han visto la luz esporádicamente, al igual que ciertas tareas de laboratorio, pero la investigación de campo ha cesado completamente en los últimos años.

Sin mecenas, ¿dónde está la responsabilidad de las instituciones oficiales?

Al término del mecenazgo ejercido por el Museo del Banco Central el proceso de la investigación arqueológica sistemática en Ecuador tuvo un serio revés. Las instituciones oficiales (el INPC o la universidad nacional), o las de carácter privado (universidades privadas, Academia Nacional de Historia, fundaciones u ONGs) no tuvieron capacidad de asumir el rol de impulsar la investigación científica. Una excepción ha sido en Quito, el Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito, del Municipio Metropolitano, (FONSAL) que creo en el 2000 la Unidad de Arqueología del FONSAL. Ésta se impuso hacer el mapa arqueológico del distrito metropolitano (unos 4223km²) y para ello ha contratado a varios profesionales que realizan estudios temáticos comprensivos en distintas localidades del distrito.

Los resultados de estos estudios siguen siendo literatura gris (de circulación interna, restringida) y la comunidad espera conocerlos. Por otro lado, el FONSAL ha recuperado una serie de sitios y museos de sitio que el Museo del Banco Central trabajó y abandonó irresponsablemente: Rumicucho, La Florida, Rumipamba, el museo de Cotocollao y Tulipe. En esta última localidad se ha construido un museo y un parque ecológico que pone en uso social una serie de estructuras arquitectónicas hasta hoy muy poco comprendidas (Jara, 2006). En la Florida, los estudios recientes han puesto en evidencia nuevas tumbas profundas con una gran cantidad de nuevas evidencias que deberán ser publicadas próximamente. En Ibarra, el FONSALCI asumió temporalmente una tarea similar e intervino en Caranquí. José Echeverría se ocupó del rescate y de las primeras intervenciones en lo que se llamó inicialmente el “baño del Inca”. A los esfuerzos del FONSALCI se unió luego Tamara Bray de la Universidad de

Wayne State con un programa de excavación y restauración de los vestigios arquitectónicos presentes.

Como ya se ha señalado, los esfuerzos del INPC, en las distintas subdirecciones, se han concretado en los últimos 30 años, a intervenir en varios yacimientos que han sido afectados por amenazas o destrucciones puntuales. Los resultados de estos trabajos se han archivado en el instituto (literatura gris) donde además se han ido acumulando colecciones de materiales muy diversos, pero desgraciadamente todavía no publicadas¹⁴. Un esfuerzo similar ha sido el programa de estudios intitolados Qhapaq Ñan, que realiza el instituto con auspicios (no siempre económicos) de la UNESCO; desafortunadamente, los resultados de estos estudios siguen siendo información reservada. Se espera que pronto estos datos entraran al centro de documentación del INPC.

Se ha mencionado ya el aporte a la investigación arqueológica que ha hecho el Instituto con ayuda de la cooperación internacional. En estos proyectos siempre se contempló la formación de cuadros nacionales en el campo de la arqueología o de ciencias afines, desgraciadamente estas tareas se han visto reducidas por cuanto el Instituto no ha dispuesto que su personal se beneficie de esta oportunidad de mejorar su preparación técnico metodológica.

Durante el último año, algunas subdirecciones, como la del austro, han iniciado proyectos de investigación con arqueólogos nacionales que han salido al campo con el fin de efectuar una consultoría (de acuerdo a los términos de la contratación pública) en distintas partes del territorio. Algunos de estos estudios son muy prometedores (i.e. véase Lara en este número) y se espera que el Instituto inicie una nueva etapa investigativa. Sin embargo, el éxito de estas campañas dependerá del auspicio financiero que el Instituto reciba de parte del gobierno central.

La Arqueología de Rescate: la ciencia de los contratos y los contratos sin ciencia

A finales de la década de los 80 se da inicio a la aplicación de una disposición legal que exige a todos los ejecutores de grandes movimientos de tierras a la realización obligada de estudios de impacto ambiental, dentro de los cuales hay un acápite que concierne a la protección de los recursos patrimoniales del subsuelo (contextos arqueológicos)¹⁵. Con la aplicación de esta normativa, la arqueología en el Ecuador comenzó a tener alternativas económicas al mecenazgo institucional.

De pronto la profesión de arqueólogo podía ser rentable y el libre ejercicio una actividad lícita y hasta honorable.

Después de todo, en el resto del mundo esta práctica estaba muy difundida (*Cultural Resource Management* :

CRM) y proporcionaba oportunidades de investigación arqueológica en lugares donde la arqueología académica normalmente no hubiera incursionado. La exploración petrolera, y minera en general, la construcción de proyectos hidroeléctricos, carreteras y en general de todas las obras públicas requerían de estudios previos de impacto ambiental. Con la aplicación de la ley surgen innumerables consultoras especializadas en estudios ecológicos, factores de riesgo e ingeniería ambiental. Para cubrir el factor arqueológico las consultoras contratan personal calificado para efectuar estudios técnicos y eventualmente realizar el rescate de contextos culturales amenazados por la ejecución de la obra civil

16

La explotación petrolera abrió el camino para la realización estándar de diagnósticos, prospecciones, monitoreos e intervenciones de rescate en el norte de la Amazonia ecuatoriana. No obstante, la construcción de oleoductos y vías de acceso asociadas permitió abrir un transepto regional este/oeste, que iba desde Lago Agrio hasta el puerto de Balao en Esmeraldas. En teoría, ésta era la situación ideal para efectuar un verdadero estudio científico moderno de la zona menos conocida de la arqueología ecuatoriana: la Amazonia. En la práctica los resultados han demostrado todo lo contrario.

El primer esfuerzo corporativo que se dio en la arqueología ecuatoriana de contrato fue la emprendida por el llamado Programa de Arqueología del Oriente y luego por la fundación Alexander von Humboldt para la empresa Maxus Ecuador Inc. La publicación de sus primeros resultados dio muchas esperanzas en el campo abierto por un grupo de arqueólogos profesionales y varios de sus asistentes muy calificados¹⁷. Sin embargo, a pesar de las mejores intenciones, las necesidades de la industria obligaban a una relación contractual limitada y a una práctica profesional bastante forzada:

El proceso de la construcción fue constante y operaba en distintos frentes, de modo que durante 1993 y 1994 la fundación Alexander von Humboldt mantenía dos y tres equipos en el campo a la vez. El elemento de rescate que informaba de las investigaciones arqueológicas implicaba que se pudo realizar en aquellos sólo el trabajo más emergente, dejando otros

elementos de investigación para un momento posterior. En 1994 y 1995, parte del trabajo de campo consistía precisamente en la conclusión de investigaciones así postergadas.

En semejantes circunstancias no fue posible detener los estudios de campo para terminar los estudios de laboratorio correspondientes a las primeras acciones en el campo. En lugar de desatender a la punta de la construcción, que implicaba la pérdida de sitios sin reconocimiento, pareció mejor intentar hacer lo posible para avanzar los estudios post excavación, pero dar la prioridad a los trabajos de campo. (Netherly, 1997: 33)

El resumen del artículo en cuestión afirmaba lo siguiente:

Los resultados de seis años de reconocimiento a la Amazonia ecuatoriana arrojan nuevas luces sobre la relación entre el medio ambiente regional y los patrones de asentamiento. Mientras que se nota una relación estrecha entre ambiente y población, se nota también que el Oriente del Ecuador soporta una población mayor en el pasado que al presente (ídem).

Desafortunadamente, el camino abierto no siempre fue seguido con tanto rigor científico y quizás las necesidades, siempre crecientes, de una industria floreciente obligaron al mercado a llenar la demanda con todo tipo de profesionales. En teoría la ley obligaba a que los trabajos sean efectuados por profesionales titulados, pero en la práctica, para darse abasto muchos de ellos tercerizaban sus servicios, “prestando la firma” a colegas no graduados, o a personas de su confianza, que ejercían su oficio técnico de para-arqueólogos. Las consultoras no se fijaban mucho en estos detalles, pues a la larga lo que interesaba era llenar el mercado y efectuar los contratos a la conveniencia del contratista, esto es en el menor tiempo posible.

Un axioma de la arqueología procesualista, considerada en ciertos círculos como la única científica, afirma que “Al campo no se va para ver que hay” Sin embargo ésta es la regla aparente en la práctica de la teoría de contrato. Títulos como DIAGNOSTICO DE SITIOS E IDENTIFICACION DE AREAS DE SENSIBILIDAD ARQUEOLOGICA POR IMPACTO PETROLERO EN EL CAMPO ... o, RECONOCIMIENTO ARQUEOLOGICO DEL AREA DE AMPLIACION DE LA PLATAFORMA DEL POZO... son claros en cuanto a los objetivos científicos de los proyectos. Estas tareas son evidentemente el primer paso de un programa de intervenciones arqueológicas coherentes, desgraciadamente la investigación en el 95% de los casos se reduce a esto y no el seguimiento y el estudio regional de las evidencias encontradas. El registro arqueológico se ve así fragmentado y el mosaico de informaciones obtenido queda incompleto, se vuelve incomprensible y naturalmente muy poco útil para la elaboración de

modelos de cambio sociocultural.

La teoría arqueológica moderna sostiene que sin un marco investigativo sólido, guiado por preguntas teórico metodológicas pertinentes a la resolución de problemáticas específicas no se deben abrir los contextos culturales del pasado (Binford, 1964). No obstante, la necesidad de crear la infraestructura necesaria para asegurar el “progreso y el bienestar de la sociedad nacional” (explotación de recursos naturales) obliga a intervenir en donde sea, sin más objetivo que cumplir que despejar el terreno.

Al formulismo legal que obliga a la realización de estudios de impacto ambiental, no le incumben las problemáticas académicas. El arqueólogo es un técnico entrenado para ubicar y clasificar los restos del pasado, que se encuentran en el camino del progreso. La disciplina tiene entonces un objetivo claramente comercial, facilitar la ejecución de obra civil que financia los “estudios” ambientales. El quid del negocio es simple: cumple técnicamente, cumple rápidamente y ubícate en la línea para el próximo contrato. Al diablo con los axiomas científicos, o con los cargos de consciencia de la arqueología social (que sólo afectan al “parque Jurasico” de la arqueología), el profesional puede ganarse la vida honestamente efectuando lo que se requiere de él, esto es liberar lo más rápido posible las zonas por donde pasan las máquinas que construyen el progreso de la nación.

No hay duda de que la investigación arqueológica está al servicio de los mejores intereses nacionales. Hay sin embargo un pequeño problema, una contradicción legal en la Ley y Reglamento de Patrimonio Cultural. La ley fue expedida en el año de 1979, por el Decreto N° 3501 del Consejo Supremo de Gobierno. El Reglamento General de la Ley de Patrimonio Cultural, expedido en 1984, mediante el Decreto N° 2733, dictamina los procedimientos que deben seguirse en el manejo de recursos culturales. En los artículos 63 y 64 el Reglamento dice que el arqueólogo responsable del proyecto debe presentar al INPC un plan de trabajo, que debe ser aprobado por el INPC para que se extienda la autorización respectiva. Este plan de trabajo debe ser coherente con la noción de lo que es un estudio científico y no sólo de una intervención técnica para obviar un requisito de la ley de protección ambiental. Sin embargo, en la práctica esto no ha pasado y los programas de intervención se limitan a informar sobre actuaciones puntuales a lo largo y ancho del país.

El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, ente oficial llamado por ley a receptor los informes técnicos, se ha ido convirtiendo en el depositario de la mayor cantidad de información arqueológica de la Amazonia (y en general del país). Empero, sin estándares claros (requisitos mínimos de la información que debe contener un estudio coherente) y sin suficiente personal calificado para evaluar los informes, el INPC se vio rápidamente desbordado y presionado por

las circunstancias para receptar cientos de reportes de calidades muy variadas. Lo más grave del asunto fue la incapacidad de procesar y sistematizar la información obtenida. En última instancia, lo que importa no es cuantos datos se recuperan, sino qué se hace con esa información. Se dice que en el INPC reposan más de 400 informes técnicos de todo el país, que no han servido siquiera para la actualización del inventario arqueológico nacional.

En términos cuantitativos nunca ha habido tanto dinero puesto al servicio de la investigación arqueológica, pero al mismo tiempo nunca ha habido una producción arqueológica tan poco útil para el conocimiento de la historia antigua de los pueblos prehispánicos (y qué decir de la búsqueda de los procesos del cambio social). Sin ponerse a juzgar la calidad de los informes técnicos (tarea de por sí bastante ingrata), uno puede preguntarse cual es el interés de tener el detalle de las intervenciones técnicas, si los datos que salen de éstas no sirven ni para reconstruir las secuencias ocupacionales de los territorios intervenidos. ¿De qué sirven cientos de cuadros de porcentaje de pruebas de pala positivas o negativas? ¿Cómo interpretar los cuadros estadísticos sobre la distribución de un rasgo cerámico en un territorio cultural pobremente definido? ¿Cuál es la utilidad de un modelo matemático que nos permite reconocer los diámetros de las vasijas fragmentadas encontradas en el trazo de una vía de 8 m de ancho por 2 km de largo? Sin duda todas estas son preguntas técnicamente válidas, pero que ayudan muy poco a conocer a los pueblos que ocuparon, en algún momento un territorio dado.

Por más contractual que sea, la arqueología no puede verse reducida a la aplicación de técnicas de campo para medir el potencial de disturbios culturales pasados que pueden estar presentes en un espacio destinado a la construcción de obras de infraestructura energética. Por más lucrativa que sea esta actividad en términos personales, las prioridades de la arqueología ecuatoriana no pueden verse reducidas a las necesidades de los estudios de impacto ambiental. Luego de 20 años de intervenciones arqueológicas de contrato en el norte de la Amazonia ecuatoriana se puede decir que lo que tenemos es una serie de datos sobre hallazgos aislados y generalmente descontextualizados. No se tiene hasta ahora una visión general de la ocupación cultural del espacio, a través del tiempo, No se tienen ideas más claras sobre las sociedades selváticas, se han hecho muy pocos avances a las ideas establecidas por Evans y Meggers en la publicación de 1968 y lo triste es que ni siquiera se ha avanzado en la caracterización y sistematización de la cultura material de la regiones intervenidas.

Si bien este rápido análisis de la situación es forzosamente reduccionista y, quizás por ello mismo, no hace justicia a muchos trabajos arqueológicos de calidad, es evidente que la inversión efectuada en la realización de estos esfuerzos debió estar enmarcada en los términos de un proyecto arqueológico regional coordinado por arqueólogos profesionales, que no sólo veían por su interés económico, sino que consideraban esta oportunidad como un aporte verdadero al conocimiento de las antiguas sociedades de la Amazonia.

En este análisis lo que se quiere resaltar es precisamente la falta de visión coherente en el manejo de los datos y del registro arqueológico obtenido en muchos rescates. Se piensa que en teoría debería ser el INPC, quien esté llamado a realizar este estudio comprensivo de los datos suministrados por los técnicos de la arqueología, pero en la práctica se sabe que hasta hace poco el Instituto no disponía ni de los medios físicos, ni del suficiente personal calificado para efectuar esta actividad primordial. Por otro lado, se podría pensar que la primera responsabilidad de los arqueólogos profesionales contratados hubiera sido el ir armando “en academia” (es decir, en discusiones continuas entre todos los participantes) un cuadro regional con los datos que paulatinamente se iban incorporando al registro arqueológico de las zonas intervenidas. ¿Quién más que ellos?, supuestos expertos en las zonas de trabajo, para ir sistematizando, de manera colectiva, la información producto de sus intervenciones. De una manera coherente con los objetivos del estudio y de la preservación del patrimonio, el INPC debió (y quizás debe todavía), exigir a las diversas consultoras contratadas el cumplimiento de la obligación tácita que tienen todos los que intervienen en el estudio arqueológico, esto es el sistematizar toda la información que se ha obtenido en los diversos trabajos. Esta tarea todavía puede efectuarse mediante la realización de varios talleres o seminarios, que aborden la temática de la sistematización regional de los datos obtenidos, tanto en el campo como en el laboratorio. Esta obligación debe necesariamente incluir la publicación de una obra científica, que sintetice y grafique el contenido del registro arqueológico, al mismo tiempo que establezca el estado de la cuestión sobre el conocimiento de la arqueología regional, subrayando las interacciones que estos pueblos tuvieron a través del tiempo. En términos contractuales ésta es la primera responsabilidad que el Instituto debió exigir a todos los participantes de la arqueología de rescate.

A pesar del panorama esbozado, en los últimos tiempos se ha efectuado un cambio positivo en el manejo oficial de los recursos patrimoniales. La estructuración del inventario nacional del patrimonio material e inmaterial debe llevar a la depuración de las políticas oficiales de investigación arqueológica. En teoría, la Unidad de Gestión del Decreto de Emergencia patrimonial ha identificado zonas de intervención prioritarias y se ha planteado la necesidad de establecer una serie de normas técnicas que deben aplicarse en el proceso de manejo de bienes patrimoniales. El INPC se ha visto reforzado con personal capacitado que está empeñado en la elaboración de estándares mínimos requeridos para la realización de proyectos arqueológicos. Las subdirecciones regionales del INPC se han visto igualmente reforzadas con recursos humanos y físicos para desempeñar sus tareas. Todos estos esfuerzos deberán forzosamente redundar en una mejor aplicación de las disposiciones legales pertinentes.

Es de esperar que en la nueva etapa que comienza, el Instituto asuma su responsabilidad como coordinador del manejo y buen uso de la información arqueológica patrimonial y toda esta preciosa información no sólo sirva para acumular polvo en los estantes que nadie abre. Es

de esperarse que el sacrificio de la pérdida de la Custodia de Riobamba produzca un nuevo milagro, después del Decreto de Emergencia, es hora de que el INPC coordine la investigación arqueológica del país. Si bien es cierto de que el Instituto no tiene recursos para investigar, sí los debe tener para que la academia lo haga correctamente. El instituto debe convocar académicos (no necesariamente a sueldo) que se reúnan como un Consejo Consultivo a discutir, en términos científicos, no comerciales, las políticas y las prioridades que deben regir la arqueología nacional que debe ser inminentemente preventiva, que se adelante a la necesidad del salvamento y ejerza la disciplina en pro del conocimiento y del buen manejo de los recursos patrimoniales.

Nuevas tendencias

Durante los últimos años al Ecuador han concurrido investigadores extranjeros deseosos de retomar varias temáticas e inclusive iniciar nuevas vías de investigación en el campo de la arqueología. Así por ejemplo, un grupo de investigadores norteamericanos ha estado trabajando en la temática de la función de las fortalezas precolombinas conocidas como pucaras. Ronald Lippi y Alejandra Gudiño han retomado la ceja de montaña occidental para estudiar una fortaleza inca y su entorno en la zona de Nanegal. Palmitopamba es probablemente el pucará mejor estudiado de la vertiente occidental baja de los Andes ecuatorianos (Lippi y Gudiño, ms 2004) y <http://www.uwmc.uwc.edu/anthro/español.htm> .

Un equipo encabezado por Samuel Connell, del Foothill College, ha estado retrabajando las edificaciones de la zona de Pambamarca (sitios como Quitoloma, Oroloma, Pucarito y Pinguilmi). El grupo ha dado igualmente la oportunidad a que estudiantes ecuatorianos participen en los trabajos de campo. Un trabajo similar ha sido realizado en la sierra central por David Brown (véase artículo en esta edición), que da cuenta del uso de las fortalezas como una estrategia de conquista y defensa de los pueblos sometidos por el incario. En ambos casos se están trabajando y consolidando los monumentos prehispánicos con miras a darle su significado histórico cultural dentro de sus comunidades respectivas.

Ross Jamieson es un arqueólogo canadiense que ha trabajado en una temática un tanto descuidada en el país, esto es el estudio de la arqueología colonial. Jamieson escogió el austro y concretamente la ciudad de Cuenca y sus alrededores para efectuar estudios de los vestigios materiales y más concretamente arquitectónicos del período colonial (2003). Sus estudios han reabierto las puertas a la investigación de la vida cotidiana, tanto indígena como criolla, durante los primeros siglos de la ocupación hispánica del país. El Padre Porras había iniciado este tipo de estudios en el Ecuador con su estudio sobre la ciudad española de Baeza (1974). Los Museos del Banco Central realizaron a fin de la década de los 80, estudios sobre la época

colonial. Holguer Jara efectuó excavaciones en las ruinas de la antigua ciudad de Riobamba, mejor conocida como Sicalpa, donde Jamieson trabajó inicialmente a fines de los 90 (2004). En su momento se señaló que el INPC también ha realizado arqueología colonial, en la investigación efectuada en varias iglesias de Quito (Buys et al, 1989; 1990).

Otra mirada nueva es la llamada arqueología industrial, que enfoca su investigación en el registro y en la comprensión de los procesos que caracterizan a la industrialización en todas sus esferas. Un énfasis se hace en el estudio de los desarrollos tecnológicos y sociales que trajo la industrialización (en varias épocas distintas) a la humanidad. En el Ecuador esta modalidad no ha tenido muchos seguidores, con excepción de un trabajo pionero efectuado a fines de la década de los 80 por el Museo del Banco Central en la ciudad de Latacunga (Erazo, 1992) no se ha vuelto a trabajar el tema¹⁸. Es de suponer que los autores del proyecto de Ley de las Culturas pretenden volver a trabajar en este campo, ya que han considerado declarar a las botellas industriales como parte del patrimonio cultural de la nación.

Una tendencia de los últimos años, que es en realidad una gran necesidad en el ámbito de la pesquisa arqueológica, ha sido la incorporación de las comunidades vivas (indígenas, mestizos, afro descendientes) al proceso de la investigación científica. Partiendo del principio que las comunidades, en donde se ubican los yacimientos arqueológicos, son los descendientes directos o indirectos de los pueblos que habitaron antiguamente el mismo territorio; resulta que los principales actores y receptores de la investigación son los mismos pueblos. La investigación arqueológica es una parte importante de la comprensión del proceso histórico que han seguido las distintas sociedades. Hacer que las comunidades participen activamente (y no sólo como mano de obra) en las tareas de la investigación es una de las maneras más eficientes de lograr concientización del verdadero valor que tienen los vestigios del pasado.

En el Ecuador, como en tantos otros países de América Latina, donde la pobreza es el denominador común de las poblaciones campesinas, los vestigios arqueológicos son vistos a menudo, únicamente como tesoros escondidos (noción popular de huacas) que pueden ayudar a salir del estado de penuria permanente. Para la mayor parte de la población, la arqueología tiene entonces un valor pecuniario, comercial, que puede y debe ser aprovechado por toda persona racional. A pesar de lo irónico que pudiera parecer, para la mayor parte de la población indígena, las huacas no tienen ya un valor sagrado. Para muchos, los restos del pasado del pasado son vestigios que “los antepasados habían sido enterrados con el fin de favorecer económicamente a los descendientes modernos”. Por ello, a menudo reclaman la exclusividad para la explotación de los monumentos y bienes arqueológicos (el triste caso de Ingapirca).

La incorporación de la comunidad al proceso investigativo tiende a devolver al pueblo, el mayor tesoro que tenían las sociedades prehispánicas, esto es la dignidad ancestral. La comprensión del proceso histórico en el que están inmersas las comunidades campesinas y de las cuales son actrices y herederas es uno de los objetivos prioritarios de toda investigación arqueológica. La transmisión interactiva del conocimiento histórico es la mejor manera de devolver al pueblo su autoestima, revalorando los logros adaptativos ancestrales y aprendiendo de ellos. La noción de identidad no se hereda, sino que se forja con la práctica de labores comunitarias. El respeto y por qué no decirlo, el amor por los recursos patrimoniales viene con la comprensión de su naturaleza y con una concientización de su potencial como generador de bienestar y desarrollo. Un claro ejemplo de esta tendencia fueron los trabajos que durante años efectuaron Colin McEwan y Maria Isabel Silva en la comunidad de Agua Blanca, Manabí (McEwan *et al.*, 2006). En esta localidad, la comunidad montubia cuida y administra con mucho éxito los recursos arqueológicos presentes en su territorio (Ruiz, 2009). Esfuerzos en este mismo sentido se están haciendo en varias comunidades del país, entre las orientales se puede mencionar la zona del Río Cuyes en Gualaquiza (Morona Santiago) o Valladolid y Palanda en Zamora Chinchipe.

La nueva tendencia que quizás pueda tener una mayor trascendencia sea el uso de Internet para publicar información científica sobre la práctica de la arqueología en el Ecuador. Existen ya una serie de blogs de profesionales (nacionales y extranjeros) que dan cuenta de las investigaciones en curso, algunos de ellos inclusive ofrecen la posibilidad de obtener referencias bibliográficas y hasta versiones en PDF de sus publicaciones. Desde el 2007 existe además en nuestro medio un portal electrónico enteramente dedicado a difundir el avance de la investigación arqueológica en el país (o por lo menos las escasas noticias que hay sobre ello). El sitio www.arqueo-ecuatoriana.ec (Gaëtan Juillard, webmaster) brinda la oportunidad a la comunidad de publicar todo tipo de información relacionada con la actividad arqueológica. En un país donde la publicación no comercial de medios es casi inexistente, la publicación electrónica se hace una necesidad y una obligación moral de todos los investigadores dignos de ese calificativo. Desafortunadamente en el Ecuador la práctica de escribir no está muy difundida, por lo que la DIFUSION de información en cualquier medio es muy escasa. Existen algunas opciones de impresión en papel, pero desgraciadamente éstas no tienen una periodicidad regular (probablemente por falta de contribuciones) y su difusión se queda a un ámbito muy reducido. La red electrónica se convierte entonces en un medio indispensable para que la información circule, pero eso implica... ¿qué habrían lectores virtuales? En el Ecuador la práctica de la lectura es un lujo que muy pocos se dan y cómo el círculo es vicioso ... quien no lee, no escribe... Entonces, ¿qué esperanza de difusión existe realmente? El portal tiene programado sacar próximamente una revista en línea, de contenido científico, que permita difundir al mundo entero los trabajos arqueológicos efectuados en el Ecuador: Sin embargo, esto implica que se rompa con el silencio de los indolentes y que los investigadores asuman su primera responsabilidad profesional, que es publicar. En el medio anglosajón se dice *publish or perish* (publica o perece), pero como esa debe ser una práctica imperialista, acá estaríamos destinados a perecer en corto tiempo. Otro dicho reza, lo que no se publica, no existe y en ese contexto, al parecer no existe investigación arqueológica en el Ecuador.

Conclusión

Al término de esta revisión rápida de lo que ha sido y de lo que es actualmente la investigación arqueológica en el país, se pueden sacar las siguientes conclusiones:

A través del tiempo, han cambiado los objetivos de la investigación, se ha pasado de la curiosidad del anticuario, al deseo de ir construyendo la historia antigua de los pueblos precolombinos, para ver y comprender los procesos de cambio sociocultural. La arqueología busca en último término lecciones sobre el por qué surgen, se transforman y eventualmente desaparecen las sociedades. La arqueología como toda ciencia social, debe estudiar y promover el cambio cultural, de manera que la sociedad actual llegue a ser más justa, obviando y corrigiendo los errores del pasado.

El objetivo de la arqueología moderna es además incorporar a la comunidad viva dentro del ámbito del estudio de sus raíces, de su identidad y del proceso del conocimiento de su devenir histórico. En el Ecuador, país pluriétnico y culturalmente mestizo, el conocimiento de la verdadera historia antigua es una necesidad impostergable. Se ha vivido de mitos y fábulas que han forjado una idea del Estado nacional que no siempre corresponde con la realidad. La arqueología, como disciplina técnica, es el instrumento para la obtención del dato empírico, que la misma arqueología, como ciencia social estudia e interpreta para la construcción, en el tiempo largo, de una imagen de un nosotros actual.

Una constatación evidente ha sido el descuido lamentable que ha tenido la formación de arqueólogos profesionales en el país. La falta de formación científica de arqueólogos nacionales ha sido una constante en el Ecuador; luego de la novelería de la década de los 80 las instituciones universitarias se fueron desvinculando de la responsabilidad que tienen hacia las generaciones futuras. Sin embargo, el país comienza a darse cuenta de que el patrimonio arqueológico (material e inmaterial) está en riesgo continuo y necesita de profesionales sólidamente formados para asumir la tarea de protegerlo debidamente.

Si el proyecto de Ley orgánica de las Culturas, que se discute actualmente en la Asamblea ve la luz, la necesidad no sólo será moral, sino que además será legalmente formal. Hay que remediar esta situación en el menor plazo posible para que no se deba improvisar profesionales que llenen los cargos públicos requeridos. En verdad no se necesita de una

burocracia técnica, sino de profesionales en el manejo integral del patrimonio cultural y para ello hace falta una sólida formación antropológica. Se ha discutido ya del éxito que ha tenido la arqueología comercial en los últimos años, señalando el detrimento que esto ha significado para el conocimiento y para la protección de los recursos patrimoniales. Hoy se habla de crear carreras intermedias, de técnicos en arqueología que sean capaces de intervenir en las crecientes necesidades del mercado.

Empero, el problema es que la arqueología no puede seguir siendo tratada como un recurso en emergencia, que se negocia al menor costo posible. La realidad es que el mercado (la empresa) ha generado una competencia malsana, donde la mezquindad y la descalificación son moneda corriente entre colegas. El tráfico de influencias y el mal uso de la información privilegiada determinan muchas veces la adjudicación de los contratos. El malestar que esto ha creado, ha deshecho a la comunidad de arqueólogos y hoy se respira un ambiente liberal de "Todos contra Todos". La consecuencia natural de esta situación es la ausencia de un diálogo o debate profesional, de una academia (en el verdadero sentido de la palabra) que forme criterios. El intercambio de opiniones y la difusión de los conocimientos adquiridos son el gran vacío de la arqueología ecuatoriana. En este contexto es necesario conformar verdaderos centros de investigación, que en teoría, deberían estar vinculados a la universidad. De esa manera, los centros de educación superior cumplen con su doble función de investigar y de formar a las nuevas generaciones de arqueólogos.

Es hora ya de asumir el reto de fijar una política pública para investigar científicamente la arqueología nacional. No se trata de tener burócratas a sueldo, sino de normar una verdadera profesión, con objetivos académicos científicos, que respondan a las prioridades del interés nacional. La arqueología moderna necesita de estudios interdisciplinarios, basados en una estrategia de investigación regional. En el mosaico de la arqueología ecuatoriana los sitios individuales no son ya el interés principal. La visión de conjunto es lo que permite la identificación de las interacciones socioculturales del pasado y del presente, pero esto se construye con datos fidedignos, rigurosos y sistemáticos.

La conclusión final es sencilla, en la nueva institucionalidad que el Estado pretende dar al manejo de sus recursos patrimoniales, tiene que haber una instancia oficial que fije el rumbo de la arqueología ecuatoriana, conforme a las prioridades y a las necesidades de la nación pluricultural que pretende ser hoy el Ecuador. No puede ser un simple instituto burocrático, sujeto a las veleidades de la política del momento; debe tener un Consejo académico científico, conformado por profesionales de amplia experiencia, que han demostrado su solvencia y sobre todo que han sabido transmitir sus conocimientos a la comunidad.

Notas:

1. Para un estudio detallado sobre la historia de la disciplina arqueológica en el Ecuador véase Idrovo, 1990 y Salazar, 1994.

2. Max Conanz era representante de una casa suiza de productos químicos y como tal viajaba por el país distribuyendo sus productos entre los agricultores de la costa y de la sierra. Durante más de treinta años logró reunir una gran cantidad de objetos, que expuso en su hacienda cercana a Biblián. Cuando él falleció su familia decidió vender su famosa colección al Banco Central que proyectaba fundar un museo nacional.

3. Godin, Bouguer y La Condamine presentaron varios informes de su misión a la Academia de Ciencias de Paris, entre los más conocidos está La Condamine, 1751, reproducido en Rumazo, J., 1949.

4. La bibliografía de Paul Rivet cuenta con más de 200 títulos de orden diverso, yendo desde los caracteres morfológicos craneanos hasta la metalurgia de los pueblos precolombinos. Para un resumen de su vida y de su obra en pro de la antropología en América Latina véase Soustelle, 1976.

5. La colección de monografías tuvo planificada la publicación de 13 títulos, hasta la presente fecha han visto la luz 5 tomos, además de la tesis doctoral de Antonio Fresco, que versó sobre los trabajos en Ingapirca.

6. El Dr. Ferdon se encontraba en el Ecuador efectuando un reconocimiento arqueológico en el país (Ferdon, 1940) cuando el Gobierno del Dr. Arroyo del Río le solicitó determinar si La Tolita era un simple placer aurífero o un yacimiento arqueológico. Los trabajos realizados en la isla determinaron sin mucha dificultad la verdadera naturaleza del sitio. Reportes técnicos fueron elaborados y una síntesis importante de estos apareció en varias entregas de la revista El Palacio (Ferdon, 1940-41).

7. Los trabajos de Collier y Murra empataron con las observaciones de Jijón y Uhle, dando contenido y profundidad a las culturas tempranas de la Sierra Sur. Estos trabajos han sido recientemente profundizados por varios investigadores, para una visión actualizada de esta problemática véase la última traducción del trabajo original de Collier y Murra (2007).

8. Los trabajos de Marcos, Lathrap y sus colaboradores son múltiples y han servido de modelo para la aplicación de técnicas de investigación en distintos proyectos realizados por el Centro de Estudios Arqueológicos de la ESPOL.

9. La producción de Porras fue muy amplia, desde 1961 a 1988 publicó 13 contribuciones significativas, muchas de las cuales han tenido varias reediciones. Una pequeña muestra aparece en las referencias.

10. Para información sobre el aporte del Instituto Smithsonian y de los esposos Meggers y Evans a la arqueología sudamericana véase: Meggers, 1992, en especial los artículos "Cuarenta años de Colaboración" de Meggers y "La arqueología sudamericana: tres décadas" de Lumbreras.

11. El INPC fue creado mediante el Decreto No. 2600 del 9 de junio de 1978, publicado en el Registro Oficial No. 618 del 29 de junio del mismo año.

12. Véase Almeida, E., 2007, La trayectoria del Museo del Banco Central, in <http://www.arqueo-ecuatoriana.ec/es/articulos/11-generalidades/31-trayectoria-del-museo-del-banco-central-del-ecuador>

artículo original publicado en Caspicara 9: 1995. y Valdez, 2009.

13. La obra de Olaf Holm, dentro y fuera de los Museos del Banco Central ha sido sintetizada en dos tomos editados por Karen Stohert (2001 y 2007).

14. El Instituto se encuentra empeñado en formar un Centro de Documentación, donde se encuentren referenciados todos los informes que le han sido presentados. Un fichero electrónico estará próximamente al alcance de todos.

15. El documento denominado «Políticas Ambientales Básicas del Ecuador», emitido mediante el Decreto Ejecutivo 1802 del 1 de junio de 1994 y publicado en el Registro Oficial 456, de 7 de junio de 1994, determinó la obligación que tiene «quien realice actividades susceptibles de degradar o contaminar el ambiente, la preparación, por parte de los interesados a efectuar esas actividades, de un Estudio de Impacto Ambiental (EIA) y del respectivo Programa de Mitigación Ambiental (PMA), y la presentación de éstos junto a las solicitudes de autorización ante las autoridades competentes, las cuales tienen la obligación de decidir al respecto y de controlar el cumplimiento de lo estipulado en dichos estudios y programas, a fin de prevenir la degradación y la contaminación, asegurando, además, la gestión ambiental adecuada y sostenible. El EIA y el PMA deberán basarse en el principio de lograr el nivel de actuación más adecuado al respectivo espacio o recursos a proteger, a través de la acción más eficaz»

16. La discusión de esta temática debió ser una prioridad en la actividad del gremio profesional, pues a nivel mundial las implicaciones ético académicas de ésta práctica son bien conocidas; sin embargo en el Ecuador este aspecto ha pasado casi desapercibido (Valdez, 2007b). Fuera de una tesis de licenciatura y de un artículo que la difunde (Yépez, 2000 y 2007) nada se ha dicho sobre la arqueología contractual. En el III Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana, realizado en Guayaquil en octubre del 2008, se trató del tema en una mesa redonda. Al final de la cual los participantes al congreso redactaron una serie de observaciones y recomendaciones sobre esta práctica. Desafortunadamente, hasta el día de hoy éstas han pasado desapercibidas por los 3 actores de esta actividad: los contratistas, los contratados y el INPC.

17. La directora de la fundación Humboldt, Patricia Netherly, montó un programa multidisciplinario para abordar el reto de la exploración y rescate de los contextos afectados por el desarrollo de varios bloques petroleros, en las provincias Pastaza y Napo. Desafortunadamente al entusiasmo de los trabajos iniciales no le siguió la perseverancia, el rigor sistemático y la difusión de los resultados. Una revista llamada a divulgar los progresos de la investigación murió con el primer número, a pesar de que las suscripciones y las expectativas eran numerosas.

18. Rodrigo Erazo realizó un estudio de los restos materiales de la fábrica textil San Gabriel (fin siglo XIX e inicios del XX), ubicada en la margen del río Cutuchi. Sus esfuerzos valorizaron estos testimonios de la historia de la industrialización en el Ecuador y la antigua fábrica fue declarada como un bien perteneciente al Patrimonio Cultural del Estado (Registro oficial # 477 del 6 de julio de 1994).

Bibliografía

La Investigación Arqueológica en el Ecuador: Reflexiones para un Debate

Escrito por Francisco Valdez

Jueves, 18 de Noviembre de 2010 05:41 - Actualizado Jueves, 02 de Diciembre de 2010 17:21

Binford, Lewis, A consideration of archaeological research design, *American Antiquity* 29, 1964, pp. 425-441.

Buys, Jozef, Investigación arqueológica en la provincia de Pichincha. Proyecto Ecuador-Bélgica, Quito, Ediciones Libri Mundi, 1994.

Buys, Jozef y Victoria Domínguez, “Un Cementerio de hace 2000 años: Jardín del Este”, en Iván Cruz (editor), Quito antes de Benalcázar, Quito, Centro Cultural Artes, 1988, pp. 31-50. “La arqueología de Cumbayá, provincia de Pichincha, Ecuador”, en J. F. Bouchard y M. Guinea (editores), Relaciones interculturales en el área ecuatorial del Pacífico durante la época precolombina, Oxford, BAR International Series 503, 1989, pp. 75-95.

Buys, Jozef; Victoria Domínguez; Carlos Andrade, “La investigación arqueológica en el Museo Fray Pedro Bedón, convento de Santo Domingo”, en Patrick de Sutter, Marcelo Alemán (editores), La preservación y promoción del patrimonio cultural del Ecuador, N° 1, Quito, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, 1988, pp. 27-34.

Buys, Jozef; Victoria Domínguez; Pilar Zambrano, “Tercera fase de excavaciones arqueológicas en el claustro principal del convento de Santo Domingo, Quito”, en Patrick de Sutter, Fausto Moscoso (editores), La preservación y promoción del patrimonio cultural del Ecuador, N° 3, Quito, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, 1990, pp. 13-19.

Carmichael, Elizabeth; Warwick Bray; y John Erickson, “Informe preliminar de las investigaciones arqueológicas en el área de Minas, Río Jubones, Ecuador”, *Revista de Antropología*, N° 6, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1979, pp. 130-153.

Carluci, María Angélica, “La obsidiana y su importancia en la industria del paleoindio ecuatoriano”, *Boletín de Informaciones Científicas Nacionales*, N° 12(94), Quito, 1961, pp. 19-36. “Puntas de proyectil. Tipos, técnica y áreas de distribución en el Ecuador andino”, *Humanitas*, N° 4(1), 1963, pp. 5-56.

Collier, Donald; John V. Murra, Survey and excavations in Southern Ecuador. *Field Museum of*

La Investigación Arqueológica en el Ecuador: Reflexiones para un Debate

Escrito por Francisco Valdez

Jueves, 18 de Noviembre de 2010 05:41 - Actualizado Jueves, 02 de Diciembre de 2010 17:21

Natural History, Anthropological Series vol. 35, publication 528, Chicago. Traducción al español de Benigno Malo: 2007, Reconocimiento y excavaciones en el austro ecuatoriano, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1943.

Currie, Elizabeth, Prehistory of the Southern Manabí Coast, Ecuador. Oxford, BAR International Series, 618, 1995a. "Archaeology, ethnography and exchange along the Ecuadorian coast", *Antiquity* 69, 1995 b, pp. 511-526. "Manteño Ceremony and Symbolism: Mortuary Practices and Ritual Activities at López Viejo, Manabí, Ecuador", en J. E. Staller y E. J. Currie, (editors), *Mortuary Practices and Ritual Associations: Shamanic Elements in Prehistoric Funerary Contexts in South America*, Oxford, BAR International Series 982. 2001, pp: 67-91.

Duche, Carlos y de Saulieu, G., Pastaza Precolombino. Datos arqueológicos preliminares con el catálogo del Museo etno-arqueológico de Puyo y del Pastaza, Quito, Abya Yala, 2009.

Echeverría, José, 1985, "Localizaciones culturales del área norandina del Ecuador", *Cultura* vol. XXI, N° 2, Quito, Banco Central del Ecuador, 1985, pp. 83-94.

Erazo, Rodrigo, 1992, Informe Final del Proyecto Arqueológico Industrial Cutuchi, Museo del Banco Central del Ecuador, Quito (inédito).

Ferdon, Edwin, "The archaeological Survey of Ecuador", *El Palacio*, vol. 47, N° 6, 1940, pp. 137-144. "Reconnaissance in Esmeraldas", *El Palacio*, 1940-41, vol. 47, N° 12, pp. 257-274; vol. 48, N° 1, pp. 7-15; N° 2, pp-38-42.

Ferdon, Edwin, Malcolm H. Rissell and William Campbell Steere, *Studies in Ecuadorian Geography*, Monographs of the School of American Research; N° 15, School of American Research and University of Southern California [Los Angeles] copublishers, Santa Fe, New Mexico 1950.

Guinea, Mercedes y Jean-François Bouchard (editores), "Avances de Investigación en el Ecuador Prehispánico", *Boletín del IFEA* 35, N° 3, Lima, 2006.

Guillaume-Gentil, Nicolás, 5000 años de historia al pie de los volcanes: modos de implementación, población y cronología, Colección Terra Arqueológica VI, Suiza, Fundación Suiza-Liechtenstein para la investigación arqueológica en el exterior (SLSA), 2009.

Guffroy, Jean, et al, Loja préhispanique. Recherche archéologiques dans les Andes méridionales de l'Equateur, París, Editions Recherches sur les Civilizations, Synthèse 27, 1987.

Guffroy, Jean, Catamayo precolombino, Loja, UTPL, IFEA, IRD, 2004.

Idrovo Urigüen, Jaime, Panorama histórico de la arqueología ecuatoriana, Cuenca, 1990.

Harris, Michael, Valentina Martínez, W. J. Kennedy, C. Roberts y J. Gammack-Clark, The Complex Interplay of Culture and Nature in Coastal South Central Ecuador. Expedition, N° 46(1), 2004, pp.38-43, 2004.

Jamieson, Ross W., De Tomebamba a Cuenca. Arquitectura y arqueología colonial, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2003. "Bolts of cloth and sherds of pottery: impressions of caste in the material culture of the Seventeenth century Audiencia of Quito", The Americas 60(3), 2004, pp. 431-446.

Jara, Holguer, Tulipe y la cultura yumbo. Arqueología comprensiva del subtrópico quiteño, Biblioteca Básica de Quito, N°11, Quito, FONSAL, 2006.

Juillard, Gaëtan, "Arqueología Ecuatoriana: Una nueva vía de comunicación", en F. García (compilador), II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología, Balance de la Última Década: Aportes, Retos y Nuevos Temas, Tomo I, Quito, Abya Yala – Banco Mundial, 2007, pp. 399-407.

La Condamine, Charles-Marie, 1751 [1949], *Journal du Voyage fait par ordre du Roi a l'Equateur, srvant d'introduction historique a la Mesure des trois premiers degrés du Méridien*, en Rumazo, José (compilador) *Documentos para la Historia de la Real Audiencia de Quito*, Tomo V, Madrid, Afrodisio Aguado S.A., 1949.

Lathrap, Donald, "Informe preliminar sobre las excavaciones del sitio de Real Alto por la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois", *Revista de la Universidad Católica* 3(10), 1975, pp. 41-64.

Lippi, Ronald, y Alejandra Gudiño, *Proyecto Arqueológico Palmitopamba: Informe Sobre la Temporada de Campo 2004*. Informe entregado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Quito, 2004 ms.

Lunniss, Richard, "Venerando a los Ancestros: La Evolución de un Sitio Ceremonial del Formativo Tardío en Salango, Provincia de Manabí", *Vida y Costumbres de los Pobladores del Ecuador Antiguo*, Guayaquil, Museo Presley Norton, 2007, pp. 12 – 40. "Where the Land and the Ocean Meet: The Engoroy Phase Ceremonial Site at Salango, Ecuador, 600-100B.C.", en J. Staller (editor), *Pre-Columbian Landscapes of Creation and Origin*, Springer, New York, 2008, pp. 203-248.

Lynch, Thomas F., y Susan Pollock, "La arqueología de la Cueva Negra de Chobshi", *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 1(1), 1981, pp. 92-119.

Martinez, Valentina, Y. Graber, M. Harris, "Estudios interdisciplinarios en la costa centro-sur de la provincia de Manabí (Ecuador): nuevos enfoques", en Guinea, M. y Bouchard J-F., editors, *Bulletin de l'stitut Francais d'Etudes Andines*, Tomo 35, N° 3, 2006, pp. 433-444.

Martinez, Valentina y A. Martin, *Spondylus Trade in Prehistoric South America: Establishing archaeological criteria to evaluate the movements of valuables*, Ponencia presentada en el 67th Annual Meeting of the Society for American Archaeologists, Denver, Colorado, s.f.

McEwan, Colin, M.I. Silva y C. Hudson, "Using the past to forge the future. The genesis of the

community site museum at Agua Blanca, Ecuador”, en H. Silverman (editor), *Archaeological site museums in Latin America*, University Press of Florida, 2006, pp. 187-216.

Meggers, Betty, Ecuador, New York, Frederick A. Praeger, 1966. “The archaeological sequence on the Rio Napo, Ecuador, and its consequences”, en *Atas do Simpósio sobre a Biota Amazónica* 2, 1967, pp. 145-152. “El origen transpacífico de la cerámica valdivia: una reevaluación”, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 2, 1987, pp. 9-31.

Meggers, Betty (editora) *Prehistoria Sudamericana, Nuevas Perspectivas*, Taraxacum, Washington, 1992.

Meggers, Betty, Clifford Evans, y Emilio Estrada, *Early Formative of Coastal Ecuador: Valdivia and Machalilla phases*, Washington, Smithsonian Institution, 1965.

Meggers, Betty, Clifford Evans, *Archaeological Investigations on the Rio Napo, Eastern Ecuador*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1968.

Oberem, Udo (compilador), *Cochasquí: Estudios Arqueológicos, Serie Arqueología 3,4 y 5*, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, 1981.

Oberem, Udo; y Wolfgang W. Würster (editores), *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador, 1964-1965*, Verlag Phillip von Zabern am Rhein, 1989,

Ortiz, Lenin, *Cochasquí. El agua del frente de la mitad*, Quito. Fondo Editorial Letras, 2009.

Porras Garcés, Pedro I., *Arqueología e historia de los valles de Quijos y Misahualli*, Quito, Editora Fénix, 1961. *Historia y arqueología de la ciudad española de Baeza de los Quijos, siglo XVI*. Centro de Publicaciones, Quito, Universidad Católica del Ecuador, 1974. *Arte rupestre del Alto Napo*, Quito, Artes Gráficas Señal, 1985. *Investigaciones arqueológicas a las faldas del Sangay*, Quito, Artes Gráficas Señal, 1987. *Manual de Arqueología Ecuatoriana*, Quito,

Centro de Investigaciones Ecuatorianas, 1987. Temas de investigación, Quito Universidad Católica del Ecuador, 1989.

Reindel, Markus, y Nicolás Guillaume-Gentil, “El proyecto arqueológico La Cadena. Estudios sobre la secuencia cultural en la cuenca del río Guayas”, en Aurelio Álvarez, Silvia G. Álvarez, Carmen Fauría, y Jorge Marcos (editores), Primer encuentro de investigadores de la Costa ecuatoriana en Europa, Quito Ediciones Abya-Yala, 1995, pp. 143-178.

Rostain, Stéphen, “Secuencia arqueológica en montículos del Valle del Upano en la Amazonía ecuatoriana”, Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines, N° 28(1), 1999, pp. 53-89.

Ruiz Ballesteros, Esteban, Agua Blanca, comunidad y turismo en el Pacífico ecuatorial, Quito, Abya Yala, Ministerio Coordinador de Patrimonio Natural y Cultural, 2009.

Rumazo, José (compilador), Documentos para la Historia de la Real Audiencia de Quito, Tomo V, Madrid Afrodisio Aguado S.A., 1949.

Salazar, Ernesto, “La Arqueología Contemporánea del Ecuador, 1970-1993”, Procesos, N° 5, Revista Ecuatoriana de Historia, Quito, UASB, 1994, pp. 6-27. “De vuelta al Sangay: investigaciones arqueológicas en el Alto Upano, Amazonia ecuatoriana”, Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines 27(2), 1998, pp. 213-240. Pasado precolombino de Morona Santiago, Macas, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2000.

Saulieu, Geoffroy de, “Revisión del material cerámico de la colección Pastaza (Amazonía ecuatoriana)”, Journal de la Société des Américanistes, 92, París, 2006, pp. 279-301. “Apuntes sobre el pasado precolombino de la Amazonía ecuatoriana”, Arqueología Ecuatoriana, 2007, <http://www.arqueo-ecuatoriana.ec/es/articulos/11-generalidades/38-apuntes-sobre-el-pasado-pr-colombino-de-la-amazonia-ecuatoriana>

Saulieu, Geoffroy de y Luis Rampon, Colección Arqueológica de Morona–Santiago del Museo

La Investigación Arqueológica en el Ecuador: Reflexiones para un Debate

Escrito por Francisco Valdez

Jueves, 18 de Noviembre de 2010 05:41 - Actualizado Jueves, 02 de Diciembre de 2010 17:21

Amazónico de la Universidad Salesiana de Quito. Una Introducción a la Amazonía Ecuatoriana Prehispánica, Quito, Abya Yala, 2006.

Saulieu, Geoffroy de y Carlos Duche, 2007, Primera aproximación a las culturas precolombinas de la alta cuenca del río Pastaza, en F. García (compilador), II Congreso ecuatoriano de Antropología y Arqueología, Tomo I, Quito, Abya Yala, 2007, pp. 337-369.

Soustelle, Georgette, Paul Rivet. Fondateur du Musée de l'Homme (1876-1958), París, Imprimerie Nationale, 1976.

Stothert, Karen, "La prehistoria temprana de la Península de Santa Elena, Ecuador, Cultura Las Vegas", Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, Serie monográfica N° 10, Guayaquil, Banco Central del Ecuador, 1988.

Stothert, Karen (editora), Lanzas Silbadoras y otras Contribución de Olaf Holm al estudio del pasado del Ecuador, tomos 1 y 2, Guayaquil, MAAC, Banco Central del Ecuador, 2001 y 2007.

Trigger, Bruce, A History of Archaeological Thought, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Valdez, Francisco (editor), Agricultura ancestral, camellones y albarradas. Contexto social, usos y retos del pasado y del presente, Quito, Ediciones Abya-Yala, IFEA, IRD, INPC, Banco Central, 2006. "El Formativo temprano y medio en Zamora Chinchipe", en Donald Collier y John Murra (editores), Reconocimiento y excavaciones en el austro ecuatoriano, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2007a, pp. 423-484. "Una Década Arqueológica, hacia un Ecuador sin memoria", en F. García (compilador) II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología, Balance de la Última Década: Aportes, Retos y Nuevos Temas, Tomo I, Quito, Abya Yala – Banco Mundial, 2007b, pp. 141-149. "El destino social de la arqueología: la obra de Hernán Crespo Toral", Hernán Crespo Toral, Quito FONSAL, Trama ediciones, 2009, pp. 211-230.

Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffroy de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yépez, "Decouverte d'un site ceremoniel formatif sur le versant oriental des Andes", Comptes Rendus

Palevol 4, 2005, pp. 369-374.

Vernau, René y Paul Rivet, *Ethnographie Ancienne de l'Équateur*, Vol. 1, París, Gauthier-Villars Imprimeur, 1912.

Wiley, Gordon y Philip Phillips, *Method and Theory in American Archaeology*, Chicago, University of Chicago Press, 1958.

Yépez, Alexandra, "Visiones y uso actual del espacio en la Laguna de la Ciudad", en F. Valdez (editor), *Agricultura ancestral, camellones y albarradas. Contexto social, usos y retos del pasado y del presente*, Quito, Ediciones Abya-Yala, IFEA, IRD, INPC, Banco Central, 2006a, pp. 341-355. *Reutilización de sistemas agrícolas ancestrales en la Laguna de la Ciudad*, tesis profesional en Antropología Aplicada, Universidad Politécnica Salesiana, Quito, 2006b. "La Dinámica de las Identidades: la etnoarqueología como instrumento para evaluar el pasado", en F. García (compilador), *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología, Balance de la Última Década: Aportes, Retos y Nuevos Temas*, Tomo I, Quito, Abya Yala – Banco Mundial, 2007, pp. 603-629.

Yépez, Alden, *Arqueología Particular y Arqueología de Rescate: Posiciones Teórico-Methodológicas en la Arqueología de la Amazonía Ecuatoriana*, Tesis de Licenciatura no publicada, Quito, Departamento de Antropología, PUCE, 2000. "¿Arqueología de Salvamento o Arqueología Clientelar? El Manejo del Patrimonio Cultural en la Amazonía Ecuatoriana", *Antropología, Cuadernos de Investigación*, Nº 7, 2007, pp. 37-58.